

EL MAR



Revista Mensual Editorial "Litorales"

AÑO I

MAYO 1967 \$ 1.50

NUM. 1

CONTENIDO

	Pág.
Editorial	2
Las Mascotas de a Bordo Por <i>Carlos Delorme</i>	3
Un Sermón para Marineros Por <i>Herman melville</i>	8
El Poder Naval (Primera Parte) Por <i>M. Peyrot G.</i>	11
La Espantosa Tragedia de la Expedición de Scott en el Antártico Por <i>Mario Gutiérrez</i>	18
La Mar Cruel Por <i>Gustavo Rueda M.</i>	21
Grandes Almirantes (Don Antonio de Oquendo) Por <i>Luz Maria Sandiel</i>	24
Marina (Primera Parte) Por <i>Canopus</i>	30
Esthela Por <i>Carlos Cervera</i>	37
21 de Abril de 1914	39
Libro Encuadernable (Un Marinero en la Revolución Mexicana) Por <i>Alberto Calcés</i>	47
El Velero de Juguete Por <i>Alberto Calcés</i>	55

CONTENIDO

	Pág.
Editorial	2
Las Mascotas de a Bordo Por <i>Carlos Delorme</i>	3
Un Sermón para Marineros Por <i>Herman Melville</i>	8
El Poder Naval (Primera Parte) Por <i>M. Peyrot G.</i>	11
La Espantosa Tragedia de la Expedición de Scott en el Antártico Por <i>Mario Gutiérrez</i>	13
La Mar Cruel Por <i>Gustavo Rueda M.</i>	21
Grandes Almirantes (Don Antonio de Oquendo) Por <i>Luz María Sandiel</i>	24
Marina (Primera Parte) Por <i>Canopus</i>	30
Esthela Por <i>Carlos Cervera</i>	37
21 de Abril de 1914	39
Libro Encuadernable (Un Marinero en la Revolución Mexicana) Por <i>Alberto Calcés</i>	47
El Velero de Jugete Por <i>Alberto Calcés</i>	55

La revista "EL MAR" tiene por misión estimular el desarrollo de la Marina.

Director Gerente: Manuel Peyrot Girard

Precio del número \$ 1.50

Suscripción anual \$ 15.00

Impresa en los talleres de la "Editorial Litorales", Calzada de la Viga 1848-I. Los autores son los únicos responsables del contenido de sus artículos.

En trámite su registro como correspondencia de 2ª clase en la
Dirección General de Correos.

EDITORIAL

¡El Mar!— Piélago inmenso. Creador de vida. Gigantesco almacén de bienes, y también en ocasiones, de pasajeros males.

Su nombre evoca los extraordinarios capítulos en la Historia de la Humanidad. Quien lo ha tenido de su parte, ha logrado encabezar la comunidad de naciones. Los pueblos que lo desconocen viven arando la tierra, secundando sus viejas costumbres, sin cambio ni posibilidades de evolución.

Son tan grandes las posibilidades, que el océano ofrece a la ciencia y a la economía, que numerosas naciones dedican importantes cantidades de su presupuesto a la investigación marítima, preparándose para mejor civilización y dominio.

En nuestro País, se ha iniciado la Marcha hacia el Mar, y cada día es mayor su aprovechamiento, y la influencia de su acción en la Economía Nacional nuestra Bandera ondea en grandes trasatlánticos por todos los mares del Mundo y los buques de pesca se cuentan por cientos.

Hay creciente actividad marítima y miles de gentes trabajan en puertos, playas y factorías marítimas.

Los deportes marítimos se extienden y nuestra gente se acerca a este gran amigo de doradas playas y aguas azules para disfrutar de su alegre compañía.

A desarrollar esta simpatía por el mar, se dedicará esta revista, cuyo primer número presentamos con orgullo.

LAS MASCOTAS DE A BORDO

Por Carlos Delorme

I.—EL TERRY

Cuando me incorporé al "Progreso" se acercó a darme la bienvenida el buen Terry. Era la mascota de a bordo y todos le querían.

No tenía pedigree y aún su raza era desconocida. Podía sentirse orgulloso del más puro mestizaje y era esto sin duda lo que lo hacía amigo de todos los tripulantes; pero con especialidad de los marineros en cuyo sollado dormía. Se alimentaba de sus manos, sin despreciar entre comidas, los deliciosos bocados de cocido y huesos le caldo que le tiraban en las tres cocinas de a bordo: la de Jefes, oficiales y Marinería.

El Terry conocía la rufina de a bordo. Aparecía a diana bostezando con tal amplitud, que se le descoyuntaban las quijadas y parecía dispuesto a tragarse una de las enormes ratas con las que a veces aparecía en cubierta. Se estiraba echando las patas a todo lo largo, y al oír que empezaba la lista, se formaba bien estirado a la cabeza

de la brigada, sintiendo en el collar la mano del contraamaestre que lo acariciaba.

Se había acostumbrado al té que le servían después de la diana aunque probablemente como limpieza estomacal, ya que inmediatamente sacaba la cabeza por la borda y vomitaba.

Después se echaba en uno de sus escondrijos preferidos para quedar a salvo del baldeo; pues aunque hiciera un calor insoportable el agua salada le molestaba, siempre que no fueran los baños de mar.

Aparecía al izar bandera, cuando ya el puerto hervía en actividad. Ladraba alegremente hacia los muelles, y a los barcos y botes que se acercaban y al oír el silbato del contraamaestre, cualquiera que fuera el lugar en que se encontraba, reconocía el toque de izar bandera y permanecía atento, erectas las orejas, la lengua de fuera y los ijares palpitando rítmicamente.

Cuando el calor apretaba el Terry gustaba de ir a tierra. Bastaba

para ello que el cartero o alguien voliendo con permiso lo invitara con un silbido. Entonces saltaba de la escala al bote y se escondía bajo el castillo. Cuando estaba de humor y le señalaban el agua se daba un chapuzón y seguía el bote nadando alegremente.

En ocasiones se perdía en tierra tras de alguna inconquistable compañera y volvía derrotado, sucio el melaje de lodo e inmundicias y con las huellas en la piel de los terribles combates en que había participado.

Entonces permanecía durante varios días recogido en sí mismo, recuperándose lentamente, y tal vez meditando sobre el dolor y las penas que dejan los placeres.

El Terry jamás se quedó en tierra cuando el Progrseo se hacía a la mar. Un instinto especial lo hacía olfatear el zcre humo que despedía a borbotones la chimenea, como indicación previa de que se aproximaba una salida. Aparecía saltando en el muelle y ladraba. Más si no veía que abriera del buque la panga, se desesperaba, y cuando alguien de a bordo se per- estaba por echarse al agua y llegar optaba por echarse al agua y llegar a nado.

Lo inexplicable de esta devoción al mar es que el Terry se mareaba y durante las largas navegaciones permanecía echado en algún lugar tibio, a la entrada de máquinas o en el pasillo de la cámara situada so-

bre las calderas, o cerca de la chimenea. De nada servía que algún buen amigo le llevara un hueso con carne o una costilla de esas que hacen la delicia de un perro.

Quedaba en los puros huesos. El pelo perdía el brillo pero en cuanto percibía el ruido de la cadena al salir del escobén al fondear el ancla, parecía que el puerto le inyectaba nueva vida, se incorporaba con dificultad y se asomaba a las cocinas sorbiendo con delicia, pero singular, el plato de caldo que le servían.

Pronto se recuperaba y volvía a su vida de perro marino.

El Terry murió defendiendo a un marinero, al que acompañaba de regreso a bordo, después de una noche de farra. Hubo una trifulca, y el perro participó a mordidas. Lo mataron de un garrotazo.

A veces me pregunto si alguno de los incontables marineros que sirvieron en el Progreso, o habrá olvidado.

II

HORACIO.

En el "Acapulco" tenían de mascota un chivo. Entendía perfectamente por Horacio y le gustaba su buque.

Entraba y salía por todos los departamentos con la mayor tranquilidad y hubo vez que tuvieran que sacarlo de máquinas, donde por poco lo mata un cigueñal al resbalar sobre las planchas llenas de aceite.

Horacio tenía una particularidad que nos admiraba. Pasaba largas horas meditando, frente al mar, echado en cubierta. Alguien diría que dormitaba, pero si lo hubiera observado viendo atentamente a las nubes y moviendo filosóficamente la cabeza, cuya barba blanca, parecía darle respetabilidad, entonces no quedaba más remedio que reconocer su gran capacidad de análisis y observación.

Esta virtud se equilibraba con un vicio, Horacio mascaba tabaco y lo que es peor, lo digería. En cuanto notaba el humo de un cigarrillo, se acercaba al propietario. Le restregaba los cuernos en las piernas y cuando le ofrecían un cigarrillo lo tomaba con los belfos, parecía aspirar ávidamente su aroma y luego lo masticaba con delicia, rumiándolo durante horas, como si no quisiera olvidarse nunca del sabor de tabaco.

Por las noches, Horacio velaba y era un atento vigilante. No se le escapaba el menor ruido y conocía a los tripulantes. Bufaba al acercarse alguien, o cuando se aproximaba una embarcación.

Horacio terminó en el caldero.

Un Segundo lo condenó por ensuciar la cubierta, pues pese a su innegable inteligencia, nunca aprendió a hacer sus necesidades fuera del buque. Cuando lo presentaron en barbacoa toda la tripulación se negó a comerlo. Lo recordaban pidiendo mansamente con sus gran-

des ojos cafés, y restregando los cuernos 'un cigarrito por favor'.

III

JUANITO

A un Guardiamarina le ofrecieron en Manzanillo un extraño gato. No era gato-montés, ni tigrillo, onza o algo parecido y en sus colmillos y en la fiereza que se veía en una pequeña lucanita amarilla de sus ojos, se reconocía que tampoco era descendiente de gato doméstico. Sin embargo se decía que tal animalito se aficionaba a la gente y que existían algunos completamente domesticados.

Lo aceptamos en la cámara de Guardamarinas en las debidas reservas y es lo cierto que el animalito era inteligente, vivaz y juguetón en extremo. Pronto aprendió a enseñar los finos coralillos al nombre de Juanito.

Se posesionó de la cámara y su principal entretenimiento consistía en romper con uñas y dientes el forro de madera y explorar por los espacios desconocidos, entre el casco y los mamparos, buscando ratones, cucarachas y toda clase de sabandijas.

A pesar de que era muy atractivo, con su piel blanca y brillante con pequeñas rayas atigradas, producía temor y hasta miedo, cuando de improviso veía uno aparecer su cabeza, de ojos brillantes y agudos colmillos, por la rotura de una traca o el hueco de un mamparo.

Juanito conocía este sentimiento de aversión que producía y se esforzaba por eliminarlo. A veces se acurrucaba a un lado de la almohada durante la noche y hasta se atrevía a lamer la oreja de quien le simpatizaba. Naturalmente uno despertaba dando un grito al verlo, y entonces Juanito veloz como el rayo, desaparecía de un salto, enseñaba los dientes y se perdía en el laberinto de huecos y callejones del doble fondo.

Casi ni lo extrañamos al desaparecer. Cuando alguien preguntaba por él nos encogíamos de hombros; sin saber qué pudo pasarle.

Lo más probable es que alguien a quien asustó al despertarse lo ha hasta que dejó de comerla.

IV.

JAIMITO.

Nadie ha escrito como Paul Schubert acerca de una mascota de a bordo. Leámos este párrafo, en que expresa el cariño que sintió por Jaimito mascota del "TEXAS".

Año y medio después cuando me ascendieron y me trasladé a la cámara de oficiales veteranos, Jaimito fue el primero en feicitarme. Desde entonces fuimos grandes amigos.

Me encariñé con aquel perro como nunca lo he hecho con animal ya envenenado, pues su carne era dejada siempre sobre un plato, ninguno. Era un *bull terrier* de pelaje dorado, ojos maravillosos, in-

mensa inteligencia, expresiva faz y el rabo más comunicativo que he visto a ningún can del mundo. Jaimito podía expresar la gama entera de las emociones con un culebreo, un temblor o una ondulación de aquel conato de cola. Y sabía utilizarlo para preguntar, invitar, sugerir, protestar, implorar.

Juanito hacía ejercicio cazando centavos. Tenía invariablemente en la boca una monedita de cobre de un centavo que depositaba a vuestros pies para lanzarse velozmente en su persecución cuando le aplicábais un puntapié. Repetía la suerte hasta tanto la pierna siguiese haciéndole el juego y, cuando uno se cansaba, recogía el centavo y se iba en busca de algún otro que se mostrara dispuesto a patear peniques. Tenía moneditas de centavo dispuestas en lugares estratégicos por toda la cámara y solía dormir con una de ellas en la boca. A las horas de comer, no obstante, el centavo desaparecía, y Jaimito se metía debajo de la mesa e iba asomando hocico y ojos debajo del mantel y entre las piernas de cada comensal para hacerles saber que se moría de hambre.

También era Jaimito buen marino en otros aspectos. No le importaban las tormentas. Todavía me parece verlo de pie en el castillo de proa mirando las revueltas olas con ojo de conocedor o husmeando la costa cuando el buque entraba en puerto y la brisa traía

aromas de la tierra y de los muelles. Y juraría que echaba una ojeada de superintendente al conjunto para cerciorarse de que todo estaba en el orden debido antes de anclar. Execraba el fuego de cañón. El estampido de las salvas de los diez cañones de 360 mm. era una tortura para sus oídos. Cuando el personal de servicio bajaba a poner a buen recaudo las cosas susceptibles de romperse antes que el buque se hiciese a la mar para prácticas de tiro, Jaimito se metía en algún escondite. Días después, cuando los cañonazos había terminado, volvía a presentarse en extremo desvaído y macilento.

Jaimito era un gran actor y le gustaba lucirse, tener bien brillante el collar y formar en el alcázar con la guardia, la banda y el capitán para recibir al almirante cuando venía a bordo de inspección. Lo que no le gustaba era disponerse a pasar la inspección porque eso suponía un baño.

El y yo nos dijimos adiós sin ceremonia, como es costumbre entre compañeros de buque. Cuando me marché, Jaimito estaba de pie en cubierta, mirando el bote que me alejaba del buque. No volví a verlo nunca.

Hace casi 40 años que conocí a Jaimito, pero su personalidad conserva el relieve tan vívidamente como la de cualquier ser humano a quien haya conocido. Tenía forma de perro y por eso la gente pensaba que era un perro con las limitaciones propias de su especie. Pero Jaimito no tenía las limitaciones corrientes: uno no necesitaba hablarle para hacerse entender. Si uno estaba triste o enfermo, él era la compasión misma. Si uno estaba contento, él irradiaba alegría. Si uno le mostraba cariño, él devolvía adoración. Espero, por su bien, que haya abundantes centavos en el cielo.

:: :: ::

—A ver Cadete Sánchez. —Preguntó el Maestro de Geografía' ¿Dónde están las Islas Sandwich?

El interpelado se rascó la cabeza, vió a todos lados y como no le llegara el soplo salvador, se decidió a contestar, preguntando a su vez:

—¿Dónde están o de qué son?

:: :: ::

—¿Cree usted marinero López, que la Nación le paga para que duerma todo el santo día? — Tronó el contramaestre.

López bostezó abriendo una enorme boca y contestó.

—No estaba dormido, solo soñaba — Soñaba que dormía en una hamaca.

Un Sermón para Márinos

Por Herman Melville.

Siempre han existido iglesias y sacerdotes al servicio de quienes laboran en el mar. Son tantas sus penalidades que al regresar a tierra peoran en abundancia y naturalmente, se arrepienten. He aquí un famoso sermón dedicado a esta clase de pecadores, que Herman Melville relata en su famosa novela *Moby Dick*.

“A poco entró en la capilla el famoso padre Mapple en persona, que gozaba de gran popularidad entre los balleneros. En su juventud había sido arponero, pero desde hacía muchos años se dedicaba a la cura de almas.

Al entrar se quitó el sombrero, el capote y los chanclos, y se encaminó lentamente hacia el púlpito, que era excesivamente alto. Carecía de escalera, y en su lugar había una escala de cabos como las usadas para subir de un bote a un barco. El padre Mapple se detuvo al pie de la escala, asió con ambas manos los nudos de los cabos, miró hacia arriba y empezó a trepar como si ascendiese a la cubierta de su barco. Tras de escalar la altura se agachó sobre la barandilla del púlpito, levantó deliberadamente la

escala, peldaño tras peldaño, la depositó en el interior, y se quedó inexpugnable en su pequeña *Queen's*.

Ese acto de aislamiento físico significará acaso el alejamiento espiritual del tiempo y de todas las ataduras del mundo exterior?

La escala lateral no era la única característica originada en las antiguas costumbres marineras. La pared del fondo estaba adornada con una pintura de grandes proporciones que representaba un navío capeando un terrible temporal.

El frente del púlpito semejava la falsa proa de una nave y la santa Biblia descansaba sobre un facistol en forma de espolón de proa. Su significado era obvio. El púlpito es la parte más avanzada de la tierra. El mundo es un barco en plena travesía y el púlpito es su proa.

“El padre Mapple ordenó que se concentraran:

—¡Los de estribor, a babor! ¡Los de babor, a estribor! ¡Al centro, al centro!

El ruido de pesadas botas marineras casi ahogó el rumor del calzado femenino. El predicador se arrodilló en la proa del púlpito, rezó una plegaria y empezó a leer un

himno. Al llegar a las últimas estrofas todos los presentes le acompañaron en el canto, que se elevó por encima del aullido de la tormenta. Tras breve pausa el predicador volvió lentamente las hojas de la Biblia, señaló la página deseada y dijo:

—Queridos compañeros de barco, el último versículo del primer capítulo de Jonás dice: ‘Yahveh tenía prevenido un gran pez para que se tragase a Jonás...’

“Compañeros de barco, este libro es uno de los hilos más finos del cable de las Escrituras. ¡Hasta qué profundidades del alma llegó la sonda de Jonás! ¡Sentimos las olas que se agitan sobre nosotros y sondeamos como Jonás hasta lo más profundo de las aguas! El Libro de Jonás es una lección de dos cabos: una lección para todos nosotros como pecadores y una lección para mí como piloto de Dios. En su desobediencia, Jonás se hizo culpable ante Dios, de quien intentó burlarse al tratar de huir. Vagabundé por los muelles de Jope en busca de un barco que fuera a Tarsis, que es la moderna Cádiz, en España, es decir, el lugar más alejado que Jonás podía alcanzar por mar en aquellos tiempos. Por fin descubre un barco destinado a Tarsis, sube a bordo, solicita del capitán el precio del pasaje y paga por anticipado.

“Compañeros de a bordo, el capitán cobra a Jonás el triple por-

que sabe que se trata de un fugitivo, su avaricia puede más que su discernimiento para descubrir el crimen. Jonás penetra en su camarote y se tira sobre la cama. Cruelles pesadillas le atormentan.

“Ha llegado la hora de la marea. El barco suelta las amarras. Esa nave lleva contrabando; Jonás. El mar se rebela: no quiere soportar la carga. Se desencadena la tormenta; el barco está a punto de zozobrar. Los marineros arrojan al mar las mercancías. El viento ruge. Pero Jonás duerme su sueño horrible. No ve el cielo negro ni el mar airado. No ve el avance de la ballena gigante que le busca con la boca abierta.

El capitán le despierta y Jonás sube a cubierta. En aquel momento una ola gigantesca barre el barco de popa a proa. Jonás tiembla y confiesa sus culpas. Los marineros se apiadan de él. Pide a gritos que lo arrojen al mar, porque sabía que por su culpa la tempestad se cierne sobre ellos. Entonces los marineros levantan una mano como invocación a Dios y con la otra se apoderan de Jonás y le arrojan al mar. Al instante una calma de aceite llega del este y la tempestad amaina. Jonás no advierte que se introduce en las abiertas fauces de la ballena. Entonces rogó a Dios desde las entrañas del animal.

“Prestan atención a su plegaria. Aunque gran pecador Jonás no pide una liberación inmediata. Compre-

de la justicia de su castigo. Aquí descubrimos un arrepentimiento verdadero. Jonás no clama el perdón, sino que agradece el castigo. Su conducta resulta agradable a Dios. Compañeros de a bordo, tomemos a Jonás como modelo de arrepentimiento. No pequen; pero si lo hacen, arrepíentanse como lo hizo Jonás.

El aullido de la tempestad parecía conferir mayor fuerza al predicador. Su pecho se henchía con profundas inspiraciones y agitaba los brazos como los elementos desencadenados; la luz que chispeaba en sus ojos causaba en los oyentes sencillos súbito temor.

—Compañeros de a bordo, Dios ha puesto sobre ustedes una de sus manos; a mi me presionan las dos. La lección de Jonás enseña a todos los pecadores, a ustedes y a mí, que soy más pecador que ustedes. ¡Con qué gusto descendería de esta cofa y me sentaría con ustedes en las escotillas para escuchar mientras uno de ustedes me explicara a mí la lección más terrible que Jonás me enseña a *mí* como piloto de Dios!

“Dios oyó al profeta tragado y arrepentido, y la ballena se remontó y “vomitó a Jonás sobre la tierra seca”. La voz del Señor se dejó oír por segunda vez y Jonás cumplió la orden del Todopoderoso. Predicar la Verdad a la cara de la falsedad. Aquí tenemos otra lección ¡Ay de aquel que predica a los demás y es un réprobo!

El predicador calló breves instantes; luego elevó su rostro y gritó con entusiasmo:

—¡Compañeros de a bordo! A estribor de cualquier aflicción se encuentra un gozo seguro. ¡Alegría para quien no ceja en la verdad y destruye todo pecado! ¡Alegría para quien no reconoce otra ley ni otro señor que el Señor su Dios! Alegría eterna para quien, en el momento del último sueño, pueda decir: “Padre, he tratado de ser tuyo mucho más que de este mundo.

No dijo más. Trazó lentamente una bendición se cubrió la cara con las manos y permaneció arrodillado hasta que todos se retiraron.

:: :: ::

—Para que se le quite el mareo, vaya a morder el ancla.

Regresó el grumete y verde como un limón, contestó al contramaestre —No pude.

—¿Qué?

—Morder el ancla— estaba muy dura.

:: :: ::

El Poder Naval

M. Peyrot G.

I.—Características del Poder Naval.

El siglo 7 A. C. presenció una acción que se consideró posible debido a la protección de los dioses. Hacía tres años que una flota fenicia, había salido de los Puertos del Mar Rojo para comerciar con Arabia y la India. Las naves desaparecieron en el mar y con el transcurso del tiempo, al no saberse nada de ellas, se dieron por perdidas, borrando de la lista de los vivos a sus tripulantes.

Tres años después, cuando ya nadie se acordaba de estos navegantes, los habitantes de Cartago y de las colonias establecidas en las Columnas de Hércules, saludaron a una Armada que se acercaba con todas sus galas, pendones y banderas al viento. Había algo de familiar en ellos. Eran buques fenicios, sin duda. Más alguna terrible tempestad los había golpeado con tal fuerza que los cascos se veían desajustados, con averías graves reparadas con los recursos de a bordo. A algunas faltaban los palos, y venían a remolque de las mejor conservadas.

Antes de que entraran a Puerto, ya habían salido de Cartago autoridades y curiosos. Al subir a bordo, los marinos fueron reconocidos. Era la flota que tres años antes había salido del Mar Rojo. Una tempestad los arrastró al Sur, y bajando la costa día tras día, fascinados por el continente africano que se extendía sin límites hacia el Sur, navegaron sus mares, cazando animales, y comerciando con hombres salvajes que despreciaban el oro y domesticaban grandes elefantes y gigantes toros.

Continuaron al Sur. Tempestades pavorosas los sacudían con furia inaudita regresando los buques a lugares ya conocidos. Y así, bajo la férrea voluntad del Capitán en Jefe, lograron pasar las tormentas y brumas que rodean la punta Meridional de Africa, hoy Cabo de la Buena Esperanza, y se maravillaron del mar que ahora los recibía en completa calma y les ofrecía costas de playas acogedoras y seguros puertos.

En las costas africanas enterraron a sus muertos que ascendieron al 40% de la tripulación y como vestigios de su empresa extendieron ante los ojos de los sorprendidos cartagineses pieles de animales desconocidos, oro joyas, perlas y maderas preciosas. Herodoto que nos transcribe la hazaña comenta: "Otros pueden creerlo, que yo ciertamente nó, de que el navegar dando la vuelta al Africa, tuvieron al Sol sobre su mano derecha".

Esta parece ser la navegación más importante de los tiempos antiguos, y la evolución marítima en esos años tenía ya siglos de estarse desarrollando. Los fenicios detentaban el poder Naval en el Mediterráneo en esos lejanos tiempos, y constituían la Primera Potencia Marítima del Mundo Antiguo.

Cuando se analizan los elementos de que depende el control del Mar, llamado Poder Naval, se reconoce que depende:

- a).—De la flota mercante de una nación.
- b).—De la fuerza de sus armas en tierra, y en el mar.
- c).—De sus intereses marítimos.
- d).—De la extensión de sus costas y productos de exportación.
- e).—De sus bases en ultramar y colonias en explotación.

¿Cuál de estos elementos es más importante para desarrollar el poder naval de una nación?

La Historia demuestra que el desarrollo de las grandes naciones se ha fincado en su comercio exterior. Cuando algo se produce en un país que tiene lemanda en el exterior, los traficantes lo llevan y lo cambian por otras riquezas. Con ellas compran buques y desarrollan el comercio, interesando a toda la Nación. Interviene el Gobierno para cuidar ese río de riquezas que llega del mar, y detrás del buque mercante aparece la silueta de la nave de guerra que lo protege.

Entre las naciones occidentales la rivalidad por el comercio marítimo ha sido el impulso dominante a su desarrollo y la Historia Naval de estos países muestra una relación directa y continua entre el desarrollo de su comercio y los cambios de su política.

Este íntimo contacto entre la política y el comercio, nos explica la evolución de las grandes potencias navales. El éxito comercial como fuente de riqueza, motiva el desarrollo de la ciencia técnica naval. Para obtener más riquezas se exigen mejores buques, más grandes y veloces; se fundan bolsas para la investigación y construcción; los marinos piden mejores cartas, e intervienen los sabios más famosos para estudiar la representación cartográfica; se exige el conocimiento de los vientos iniciando el desarrollo de la Meteorología; y para combatir a quienes

roban el honrado comercio marítimo evoluciona la técnica, la estrategia y el armamento naval. Maravilloso desarrollo iniciado hace miles de años por los traficantes egeos y fenicios.

Ya desde aquella remota antigüedad se reconoció que la Política Naval se cimentaba en unos cuantos principios, a saber:

Objetivo.—Propósito definido que sirve de meta a la acción nacional en el Mar.

Coordinación.—La cooperación inteligente y definida de todas las fuerzas vivas de la consecución del objetivo.

Sorpresas.—Para batir al enemigo.

Seguridad.—Vigilancia contra la acción enemiga.

Ofensiva.—Llevar la acción donde convenga en tiempo y lugar, para obtener la mayor ventaja posible.

Agresividad.—El espíritu combativo para explotar cualquier ventaja.

Economía de Fuerzas.—Que obligan a cuidar los recursos disponibles.

Movilidad.—La facilidad para atacar al enemigo en el lugar menos esperado y en tiempo mínimo

Concentración de fuerzas.—Disponer el máximo de recursos en el lugar adecuado. Esto equivale a "llegar primero con el máximo de fuerzas".

II.—*Curiosidad por el Mar.*

Es evidente que el impulso primordial que llevó al hombre hacia el agua fue la curiosidad. Los ríos le brindaron el primer obstáculo y los árboles los elementos para cruzarlo. Primero se aventuró en un tronco, después en una balsa. Una vez que hubo ido de una a otra orilla, siguió el río a favor de la corriente ayudándose de las manos. Cuando tuvo herramientas para ahuecar un árbol, inventó la canoa y el remo.

Dispuso entonces de los medios para navegar contra la corriente ó para seguirla. De improviso las veloces aguas lo llevaron a través de la barra y se encontró en el dilatado mar, remontando las olas que mansamente le brindaron confianza y alegría.

Cuando el mar se enfureció y el oleaje voltéo la pequeña nave y la quebró conera los riscos, el hombre aterido, furioso, esñando el puño al gigante indómito, decidió dominarlo y reforzó su canoa con costillas y cubierta. La dotó de un esqueleto resistente y para no cansarse,

cortó una hoja de palma y poniéndola sobre un palo, se dejó llevar indolente por el viento, alejándose cada vez más hasta descubrir que había otras tierras y otros hombres. La canoa aumentó de tamaño, y para que no entrara agua se le puso cubierta. Se convirtió en un gran buque y la hoja en velas de lino y esparto. Quedaba el remo para uso de los esclavos capturados en combate ó en tierras lejanas.

Una vez que se disponía de naves, el mar fue utilizado como vía universal que lleva a todas partes y sirve para difundir la civilización. Es el mar y no las comunicaciones terrestres las que unen a las dos Américas. Fué el Mediterráneo la vía ofrecida al Viejo Mundo para comunicar Europa, Asia y Africa. Sus aguas, quebradas por largas penínsulas y numerosas islas, con climas favorables durante la mayor parte del año, brindan comunicación fácil y placentera a todas las naciones asentadas en sus costas. Es ahí en el Mediterráneo, donde han florecido desde tiempos prehistóricos el comercio, la piratería y la acción naval para dominar el primero y eliminar al segundo.

Homero describe en la Odisea, unos doce siglos, antes de Cristo, condiciones marítimas que tenían varios siglos de establecidas. Eran los Mercaderes de Fenicia los que surtían a los Troyanos de artículos de lujo: telas finísimas, joyas de oro, tintes delicados., esclavos y cuanto la imaginación de reinas y emperadores pudiera apetecer. En la actualidad se considera que la Guerra de Troya, tuvo como motivo principal el control comercial del Euxino; y es fácil reconocer en la leyenda de Ulises la interpretación poética de las primeras aventuras comerciales de los griegos en Mares extranjeros.

III.—*Los Primeros Traficantes y Navegantes*

Siglos antes de la guerra de Troya se había apoderado del Mediterráneo un pueblo asentado en la Isla de Creta, de avanzada civilización y notables capacidades marineras. Estos isleños eran blancos, no arios y probables antecesores de los actuales vascos. En arte, arquitectura, costumbres, medicina y sanidad, deportes, diversiones y hasta en sus vicios, mostraban sorprendentes avances sobre su época. Las antiguas leyendas griegas del Minotauro y el Laberinto, pertenecen probablemente a éste período de hegemonía de Creta, cuando el tributo humano era entregado por los subditos de las playas egeas a los poderosos cretenses.

Sus ciudades se abrían al mar. Defensa y prosperidad dependían de la flota, así que es muy probable, dado el reducido conocimiento que se tiene de su historia, que su declinación, aproximadamente sucedida

en 1400 A. C. se haya, debido a un desastre naval por el que perdieron el dominio del mar.

Recogieron el control marítimo los fenicios, pueblo semítico asentado en una estrecha faja costera del Mediterráneo Oriental situada entre las montañas de la costa. El reducido territorio, la pobreza de las tierras y por contraste, las fascinantes riquezas, que traían caravanas del oriente, pidiendo por sí mismas intercambio comercial, convirtieron a éste pueblo en traficantes afortunados, y marinos experimentados. A fin de disponer de productos de exportación propios, desarrollaron notables avances en tecnología práctica, llegando a tener gran demanda sus tejidos de paño, tintes, productos de vidrio, joyas, piedras y maderas labradas su famoso Tinte tirio obtenido de la molienda de diversas conchas preparadas con cierto álcali obtenido de algas marinas, tenía gran demanda en todo el mundo antiguo, y como se sabe por la biblia, algunas de las maravillas del Templo de Salomón, fueron trabajo de estos fenicios cuyas ciudades de Tyro y Sidón eran famosas por su ostentosa riqueza y grande poderío.

El dominio comercial del Mediterráneo lo consiguieron con sus robustos buques mercantes contruidos con la madera de los enormes cedros del Líbano. La construcción naval la aprendieron de Egipto y Creta: pero pronto sobrepasaron a sus maestros y construyeron buques mayores y de mejor resistencia. La navegación por la observación de estrellas la heredaron de los asirios.

Debemos a los fenicios las primeras exploraciones marítimas. Examinaron las playas del Mediterráneo obligando a los pueblos que encontraban a comerciar y para proteger el desarrollo de este comercio dejaban en las costas guarniciones que después se convertían en colonias. Estas colonias marcaban los puntos notables de sus líneas de navegación. Una vez abierto el tráfico comercial, lo protegían con sus buques de Guerra.

Siguiendo este procedimiento, descubrieron las riquezas de España, y de la costa Nor-Africana, pasaron las Columnas de Hércules y siguieron por el Atlántico. Por el norte descubrieron los metales de las Islas Británicas, por el Sur desembarcaron en las costas de Africa, encontrando abundantes tribus que mansamente les proporcionaban esclavos. Por siglos los fenicios fueron los invencibles traficantes del mundo occidental.

Su comercio organizado se apoyaba en sus numerosas colonias: Malta, Sicilia, Cerdeña y Córcega. Ocuparon ambas costas del Estrecho de Gibraltar y se asentaron en las playas de España del Cantábrico es-

tableciendo la floreciente colonia de Cádiz, en donde radicaba la distribución de los metales del norte de España y de las Islas Británicas.

Su colonia más famosa fue Cartago, situada cerca de la actual ciudad de Túnez. Fundada en el año 900 A. C., Cartago se desarrolló rápidamente y por su poderío heredó la hegemonía del Mediterráneo Occidental, que retuvo hasta ser aniquilada por Roma, al finalizar las Guerras Púnicas.

Los fenicios realizaron viajes sorprendentes, Comprobaron la esfericidad de la tierra dos mil años antes que Colón y conocieron las aguas de Africa. Sin embargo sus viajes son poco conocidos debido a su increíble política de mantener en secreto las navegaciones y rutas comerciales.

Heroloto se ha encargado de hacernos llegar una descripción muy completa de su sistema comercial con los pueblos primitivos: "Cuando los comerciantes cartagineses llegaban a un pueblo de la costa africana desembarcaban sus objetos y los ponían ordenadamente sobre las arenas de la playa, prendiendo una fogata que fuera vista desde las aldeas próximas, tornando a embarcarse. Al ver el humo, los nativos corrían a la playa y examinaban atentamente los objetos, dejando tanto oro como consideraran de justicia por el intercambio, hecho lo cual se retiraban a cierta distancia. Entonces volvían los cartagineses y si consideraban que el oro abandonado equivalía al valor de los objetos, lo tomaban y continuaban su camino. En caso contrario volvían a embarcarse y continuaban observando, con lo que los nativos entendían que el oro no era suficiente y si les parecía, e anunciaban hasta dejar satisfechos a los cartagineses. No había engaño en una ni otra parte. . .

Es a estos primeros comerciantes y marineros del mundo antiguo, a quien debemos el intercambio inicial de la civilización. Cuando el capitán de un buque fenicio lograba fondear en un puerto desconocido, no solo abría a la explotación de los traficantes que conducía, un nuevo mercado e inagotables fuentes de riqueza, sino que también establecía el intercambio de ideas, costumbres y religiones, es decir de civilización, entre los pueblos situados en los extremos de su ruta.

Los buques que salían de Sidón repartían trigo y paños pero también difundían sus artes, ciencia y religión. Es así como la más avanzada civilización del antiguo mundo, la de Grecia, se construyó sobre cimiento aportados por Egipto, Asiria y Fenicia, los que a su vez desarrollaron su cultura de las ideas de sus clientes comerciales.

Más no todo era comercio e intercambio pacífico de ideas. La riqueza provocaba la competencia, la piratería y la guerra, así que al desarrollo comercial de las rutas de navegación, pronto seguiría el control

naval. Detrás del velero se avistaba la silueta del esbelto trirreme que lo protegía. Es significativo que la única moneda fenicia que nos ha llegado, muestre en una de sus caras un *buque de guerra*.

El intercambio marítimo auspiciaba el desarrollo de las naciones. Los pueblos que se encierran en sus fronteras permanecen estancados. Es así que China y la India que alcanzaron una cultura muy avanzada en tiempos remotos, cerraron su evolución por no haber buscado el intercambio con otras naciones. Entre los hindús era un crimen cruzar el mar, que se castigaba con los más crueles tormentos. Parece increíble que un puñado de traficantes y marinos de Creta y Fenicia, haya pesado más en el desarrollo de la civilización, que los incontables millones de asiáticos que nunca salieron de sus naciones.

Conviene notar que es en el Mediterráneo donde nace el ansia humana por los descubrimientos. Sus aguas conducen hacia el oeste a las naciones más desarrolladas del Asia Menor y de Egipto, abriendo rutas para el avance continuo. Cuando se rebasaron las Columnas de Hércules y apareció el Atlántico, se suspendió hasta contar con los buques adecuados. Entonces continuó el desplazamiento al oeste que debía conducir al Nuevo Mundo y bordeando la América del Sur, nuevamente al Asia y Europa circunnavegando nuestro planeta.

Sin embargo, ninguna nación puede considerar que los vastos océanos son de su propiedad. Creta y Fenicia perdieron la hegemonía marítima, aun cuando su poderío militar y sus vastas colonias parecían guardarlos de cualquier desastre. Particularmente en Fenicia, de algún modo se fué quebrantando su solidaridad nacional su fuerza militar, y resultó inevitable que las fastuosas metrópolis pletóricas de riquezas, palacios y mujeres hermosas, se constituyeran en codiciado boletín para los grandes imperios que poco a poco se fueron desarrollando en sus fronteras. Primero en el siglo 8 A. C., con los Asirios y después con Babilonia y Persia. Al desaparecer la Ciudad Mater las colonas se independizaron para luego convertirse a su vez en vastos imperios con ricas colonias, que al evolucionar habían de romper la obediencia al imperio, conquistar su independencia y convertirse en naciones libres y poderosas. Tal es el sino del intercambio comercial y civilizador. Lentamente va igualando, hasta alcanzar el mismo nivel de cultura, libertad y bienes, a todos los pueblos de la Tierra.

La Espantosa Tragedia de la Expedición de Scott en el Antartico

De "LAS REGIONES POLARES"
Inhóspitas pero atrayentes.— Obra
escrita especialmente para la Se-
cretaría de Marina por MARIO
GUTIERREZ

Ante los impresionantes detalles de la espantosa tragedia que conmoviera al mundo a raíz de la *CONQUISTA DEL POLO SUR* agigántanse las figuras del Capitán *ROBERT FALCON SCOTT* y sus desventurados compañeros, ya que movidos únicamente por amor a la ciencia y a su patria, lanzáronse a las desoladas regiones de la Antártica, que los hielos inclementes, las brumas inquietantes y los impetuosísimos *BLIZARDS* hacían casi, casi, inaccesibles.

El Capitán Scott y sus cuatro últimos acompañantes, testigos mudos del poderoso aliento que habría de sostener a todos por igual, hasta el postrer instante, en aquella lucha desesperada y terrible contra los elementos, furiosamente desencadenados para arrebatárles, la victoria, primero, y la vida, al fin duermen el sueño eterno en la

gigantesca llanura, siempre helada, comprendida en la vastísima extensión de más de cincuenta kilómetros, entre la Tierra Victoria y la del Rey Eduardo, cuyo reborde es el ingente *MURO DE HIELO*, de cerca de treinta y cinco metros de altura, descubierto en 1841 por el explotador inglés *JAMES CLARK ROSS* y conocido indistintamente por los nombres de "*GRAN BARRERA DE ROSS*" y "*GRAN BARRERA ANTARTICA*".

Cubre los restos del Capitán Scott y de sus cuatro fieles compañeros, el niveo manto que envuelve aquella inhóspita llanura, cuya elevación, casi uniforme, desde que arranca del ingente *MURO DE HIELO* mencionado, hasta los 81 grados de latitud, pues desde allí, hasta el Polo mismo, el aspecto cambia bruscamente, ya que glaciares escarpados, gigantesco bloques de hielo en amontonamiento indiscriptible y abismos espantables, interrumpen el paso a cada instante, haciéndolo difícil y peligroso en grado sumo, como si alguna poderosa mano oculta pre-

tendiera salvaguardar a la mirada humana, la inquietante *MANSION DE LOS ETERNOS HIELOS* y de los *BLIZARD* (ventiscas) impetuosos, que siembran el pavor y la muerte por doquier.

La Expedición Scott, instalada en el Cabo Evans a escasas ocho millas más al sur de los antiguos Cuarteles de Invierno de Shackleton, partió hacia el Polo a principios de noviembre, después de haber acondicionado tres buenos depósitos de viveres en la llanura de la *GRAN BARRERA*.

Sobre los 83 y 84 grados de latitud, las espantables irregularidades del terreno, la espesa capa de movediza nieve, los numerosos y peligrosísimos acantilados del Glaciar Beardmore y la sensible pérdida de perros esquimales y jaquitas manchurianas, para el arrastre de los trineos, retardaron la marcha día tras día.

El 17 de enero de 1912, sin embargo, el esforzado e infatigable Capitán Scott y sus valerosos compañeros, el notable naturalista doctor Wilson, el afamado Capitán de Dragones L. S. E. Oates, el Teniente H. R. Bowers y el fidelísimo marinero Edgar Evans, a pesar de las penalidades sufridas alcanzaron los 89° 59' 30' de latitud, dando cima a la tan ardua empresa, que rebelándose contra humanos, desafiando toda clase de la naturaleza misma, como seres

obstáculos y peligros, entusiasta y valerosamente habíanse echado auestas... Pero allí mismo levantábase orgullosamente la tienda "*POLHEEIM* (Casa del Polo) instalada por *AMUNDSEN* un mes antes... y junto a ella; reciamente plantado y ondeando victorioso el pabellón noruego...

El Capitán Scott y sus fieles compañeros, aunque hondamente impresionados y contemplando las huellas aun visibles de los noruegos, avanzaron silenciosamente

hasta cubrir la cortísima distancia que les separaba del propio Polo... e inmediatamente después volvieron sobre sus pasos...

Ensombrecidos, agobiados por el cansancio producido por la forzada y penosa marcha, faltos de alimentación y bajo los horrores de las más bajas temperaturas, el retorno de aquel pequeño grupo de hombres, sostenidos hasta entonces en pie por la extrema y misérrica fuerza de un espíritu de grandiosa firmeza, inicióse penosa y lentamente... pero espoleados por la muerte, redobláronse los bríos y la marcha acelerose febril y heroicamente...

Evans, el brillante Oficial de Marina, fué el primero en caer, tras un largo mes en que sus compañeros, por caridad, tuvieron que seguir al paso lento y penoso del enfermo, hasta que ya no pudo más... El primer depósito de ví-

veres establecido en la llanura. sobre la Gran Barrera, hallábase aún a cerca de 450 kilómetros... y el viaje prosiguió tanto o más penosamente, cuanto que el bizarro Capitán de Dragones, caía, también, enfermo gravemente. Un crudísimo descenso en la temperatura, aceleraba la catástrofe, pues Oates, presintiendo su próximo fin, después de suplicar a sus compañeros que huyesen de él, para encontrar la salvación de los que quedaban, viendo que nadie tomaba en cuenta, su posición; en un momento dado salió de la improvisada tienda; encontrando a pocos pasos la muerte en el helado ambiente...

Los tres supervivientes luchaban aún y avanzaban haciendo titánicos esfuerzos, sabedores de que el premio era la vida; pero cuando encontrábase a solo 20 kilómetros del salvador depósito de víveres y los abrigos necesarios, hizo su aparición un tremendo BLIZARD, violento y exterminador, que hubo de privarles todo medio de salvación. Arrose la endeble tienda con la urgencia consiguiente, para cobijarse en ella... pero... hambrientos, faltos de sueño, destrozados por la tremenda caminata, con las ropas humedecidas constantemente

te se colaba por la endeble tienda tras unos días horribles, de innarrables torturas y sufrimientos, el Capitán Scott, el doctor Wilson y el Teniente Bowers, sucumbieron..

El 30 de octubre de 1912, fueron encontrados los cadáveres de estos tres supervivientes de la heroica *EXPEDICION SCOTT*... Y cerca de uno de ellos... los documentos todos de la expedición, el Diario, cuidadosamente anotado, los apuntes escritos apresurada, febrilmente, como para no dejar escapar detalle alguno, por pequeño que fuese... e inconcluso, cuando la mano desfalleciente no pudo ya plasmar el pensamiento que la impulsara, el *MENSAJE* del Capitán Scott, que había sacrificado todo, hasta la vida misma, en aras de la Ciencia y de la patria lejana...

Y en medio del desierto helado que circundaba la semidestruida tienda que albergara los restos de aquellos tres últimos componentes de una brillante expedición, abatida por el infortunio, parecían flotar aún los espíritus que tan vigorosamente los alentaron...

“MAR CRUEL”

Por Gustavo Rueda Medina

Mar hambrienta...
 Mar sedienta... Mar inquieta...
 Se traga los hombres; se bebe los
 ríos.

Nunca satisfecha; siempre igual;
 la vieja cruel y coqueta
 que se enfermó en el diluvio
 de un embarazo naval...

Olas de cobre fundido
 en los hornos del ocaso.
 Mares de la media noche
 en que la luna se astilla
 como espejo que se rompe.

Timonel de bronce vivo,
 en el timón de toldilla.
 Cuatro campanadas dobles
 lo arrancaron de su sueño
 y le amarraron los ojos
 al horizonte marino...

Traeme café, camarero.
 Que en los ojos me lastiman
 los picos de las espinas
 de la Rosa de los vientos...

La luna redonda riela
 por caminos fugitivos
 como cristales pulidos
 donde los barcos patinan
 cuando la calma les pesa.

La luna curva se rompe
 en las olas alborotadas
 con las crestas desflecadas
 abiertas en abanico
 cuando las despeina el Norte.

Mares de los marineros...
 ¡cuánta humedad en la ropa!
 ¡Que fatiga en las rodillas!
 trae más café camarero;
 que en los ojos me lastiman
 los picos de las espinas
 de la Rosa de los Vientos.

¡Puertos de los Marineros!
 Va entrando a puerto un navío
 que viene sucio de mares
 Tiene girones de frío
 en lo alto de las antenas,
 en la cubierta el estío
 y herrumbres de cadenas.

Turba sedienta de vino
 pone su marcha en la popa,
 y en el Cuarto de Derrota
 furibundo Capitán
 semeja gaviota vieja
 que no deja de graznar...

Puerto de los marineros;
 rechinar de las amarras
 que sujetan los veleros,
 los vapores, los pesqueros,
 a las bitas de los muelles
 que la densa niebla apaga
 o el sol tropical enciende.

Tabernas de las esquinas
 donde convergen las ratas
 de muchas tracas mariscas;
 lenguas remotas y ariscas
 venidas por mil caminos
 que junta el azar del viaje.

En veinte idiomas el vino
es el mismo en las gargantas,
como esperando que igual a
el acre olor de la ola
tintado sobre la misma
geometría de los tatuajes.

¡Tabernas de marineros!
Pinjuzuelas que se ofrecen
al beso internacional;
humo en que se desvanecen
el marinero dormido
en la mesa del rincón,
las mujeres, los tatuajes,
los idiomas, los visajes
y el apetito sexual.

¡Noche de los marineros
que vuelven a la litera
que aleja una borrachera
colosal...!

No sabe si pisa Saigón o Ceilán
ese marinero relleno de ron
que va por el muelle buscando a
su barco, en la sombra que rompió
el farol.

En la frente lleva paisajes
y llevan los labios el gusto
y el remordimiento de besos
Traicionan la planta de mil

de las tablazonas de muelles
¡Noche movediza de los
marineros;

Golfo de pailebotes!
Golfo de los petroleros
que azota el flagelo
implacable del norte.
Las aguas se inclinan
y en la rampa corren
los vientos... ¡maligna
manada de lobos...;

Las rachas aullan; la nube
cubre de ceniza la lumbre solar,
y la tarde amarga de los
es dura y salada... como agua de
mar...

Golfo de pescadores
en noche de temporal...!
Noche negra como tinta
que revuelve el vendaval.
Noche que se viene encima
como tapa de ataúd...

¡Agárrate; Que pasó...?
¡Hombre al agua...;
La ola lo alzó en su cresta,
de cerca las nubes vió,
y vió rodar por el agua,
como una cosa que sangra,
la farola de babor.

Ay, Virgencita del Carmen!
 Patrona de los marinos,
 no me desoigas la queja;
 que se me escapa la vida
 con esa luz que se aleja.
 Como se aleja esa luz...!
 Y hay que nadar...

nadar...!

Como me duelen los brazos...!
 Como pesan los zapatos...
 La farola... Donde está?
 Hey! Hey! no me vieron; ya se
 van...

Y hay que nadar...
 Hay Virgencita del Carmen,
 no me desoigas la queja;
 que se me escapa la vida
 con esa luz que se aleja.
 Cómo se aleja esa luz...!
 Yo te prometo diez velas
 y llevarte a la viejita
 que me espera en Veracruz...

Ya no puedo Virgencita...
 Ya no puedo... nadar más...
 Que amarga es el agua amarga...
 Que amarga es el agua de mar...!

Mares de la amanecida
 cuando amaina el temporal.
 Rubio sol que se levanta,
 como moneda en el mar.

Hipocrecía de colores
 untada de yodo y sal.
 Paisaje recién lavado,
 tendido al sol a secar.

Gaviotas de cuervo vuelo
 sobre la mar que dormita
 ensueño de cielo y luz.

Negra pena en el pañuelo
 de la pobre viejecita
 que solloza en Veracruz...!

:: :: ::

En una reunión con Oficiales de la Armada de Estados Unidos ví a mi esposa que con gran entusiasmo explicaba algo a la señora de un Comandante americano. Hacía ademanes de medir, de batir y de envolver.

—¿Qué le conversabas?, le pregunté más tarde, ya en casa.

—Explicaba a esa señora americana cómo se hacen los tamalitos colados.

—Pero si tú no hablas inglés.

—Bueno, pero ella tampoco habla español.

Pocos días después volvimos a encontrarnos los dos matrimonios y la señora americana dijo:

—Mi Johnny likes very much las berenjenas rellenas.

DON ANTONIO DE OQUENDO

Por Luz Ma. Sandiel

En el entonces pequeño pueblo de San Sebastián, capital de Guipúzcoa, (España) en la casa solariega, situada a orillas de la amurallada ciudad, un día del mes de octubre del año de 1577, nació don Antonio de Oquendo destinado a ser Almirante General de la Armada del Mar Océano. Era hijo de don Miguel de Oquendo y Domínguez de Segura, que fuera Capitán General de la Escuadra de Guipúzcoa y de doña María de Zandátegui y de Lazarte, ilustre dama guipuzcoana.

Las constantes guerras que sufría por aquella época la poderosa España y lo peligroso y difícil de la navegación debido a los medios, debieron ser motivo para que la educación del niño Oquendo fuera encaminada hacia la tranquila senda de las letras.

Familia era ésta de rancio abolengo y se cree que data de los primeros habitantes del lugar. Los predecesores del mayorazgo de don Antonio, se distinguieron en empleos que sólo concedíanse a los hijodalgos y prueban su casta de esforzados varones los amarillentos manuscritos y pergaminos registrado en los viejos protocolos.

En las postrimerías del siglo XV, empiezan en esta familia a destacarse connotados marinos, cuya afición y valor era de heredar el don Antonio que nos ocupa.

El período de su infancia transcurre en un medio eminentemente marítimo. Las aventuras navales del abuelo, narradas por su padre: los interesantes relatos de pilotos y contramaestres de galeones sobre las gestas heroicas de don Miguel, que habíase distinguido en la batalla de las Terceras y a cuyas órdenes habían navegado muchos de ellos; iban quedando impresas en su mente infantil. Tampoco era ajeno a la presencia y pertrecho de galeones en aquel canal que llamaban de "Pasajes", alistándose para salir a combate. Y para tal fin el Almirante don Miguel de Oquendo con su escuadra, zarpa con destino a Lisboa para unirse a la gran flota mal considerada y denominada "Invencible",

a las órdenes del Marqués de Santa Cruz, para la gran conquista de Inglaterra. Ambos murieron en el año de (1588), don Miguel que sobrevivió al desastre de la flota, emprende el viaje a la eternidad en octubre, sin poder alcanzar las playas de La Coruña, primer puerto español a la vista.

La casa solar, se viste con crespones de luto y desde entonces sus ilustres habitantes y hasta la misma gente de la Villa, se unen, para que el joven Oquendo logre su más ardiente aspiración; seguir la carrera honrosa de su padre.

En contacto siempre con la gente de mar, en sus frecuentes visitas a los muelles, supo allí, de la maravillosa cacería de la ballena y contando por los rudos y sencillos marineros vascos de las largas navegaciones al "ultramar del bacalao, a los bancos de Terranova". En aquellas soledades en medio de una mar erizada, presenciaban en ocasiones naufragios contra las colosales montañas de hielo; monstruos azulados e imponentes, que parecen vogar lentos en medio de la furia del viento frío como la muerte. Estos (Iceberg) que flotan a la deriva en el Atlántico Norte, recalán al Sur de Terranova; su mayor peligro es que el 85 por ciento, de su volumen se extiende bajo el agua.

La clara inteligencia de don Antonio capta de inmediato todo lo útil y provechoso. Había aprendido la nomenclatura de las partes de una embarcación y mucho de aquella geografía que con tanto esfuerzo íbase completando.

Nada tan apasionante entre aquella gente marinera, como abordar el tema del paso al Mar del Sur; todavía las navegaciones a las Indias orientales se hacían por el conocido camino, doblando el Cabo de Buena Esperanza; el "paso" por el tortuoso Estrecho de Magallanes, pocos lo conocían. 57 años depués de su descubrimiento, Francisco Drake, Héroe y pirata inglés, cruza el canal en un viaje no menos arriesgado que el de su predecesor.

A la edad de 16 años el noble vástago de los Oquendo, obtiene el permiso real para ingresar en las "Galeras de Nápoles", al mando de don Pedro de Toledo. Con el entusiasmo de la adolescencia, sueña con los triunfos en guerreras aventuras de sus antepasados y, como todos los de su casta desea superarlas.

Listo el modesto equipaje por él elegido, en el que no podía faltar la espada de su padre, el joven don Antonio de Oquendo, con aquel su mundo de ilusiones, partió hacia el bello reino de Nápoles.

En esas Galeras, que sólo su nombre evoca la leyenda y, en las

cuales se libraron las más cruentas batallas contra los piratas, por esos días terror del Mediterráneo, nuestro personaje hizo su provechoso aprendizaje.

Para impulsar aquellas embarcaciones de vela y remo, era necesaria la fuerza humana. Desdichados de aquellos que teniendo que pagar algún delito, eran enviados a las Galeras en calidad de galeotes. Baja era la cubierta de estas embarcaciones y a la intemperie, agrupados a babor y estribor, sujetos los pies con grilletes; iba la chusma. Solamente que el tiempo fuera propicio se colocaba una lona en ambas bandas llamada "la tienda", de ahí la tan conocida expresión a bordo: ¡Agalera toldos! Cuatro o seis hombres de todas las razas y cataduras, moros, negros, griegos etc., al acompasado martilleo del "espaider" bogaban... en el mismo banco... hora tras hora. A veces entre horribles aullidos de dolor y de rabia, al caerles en la húmeda espalda el latigazo que subleva, la odiada y temible "anguila". En ocasiones substituída por un aro de barril.

La única esperanza de liberación de esos desdichados, lo era a veces los momentos álgidos en el asalto al abordaje; dantesco escenario en cuya caótica confusión se les libertaba y, ante la amenaza de la horca o la esclavitud, de ser vencidos, peleaban con fiereza.

A su regreso a San Sebastián, don Antonio cuenta para entonces 19 años y había navegado en las Galeras napolitanas por el Mediterráneo distinguiéndose en combates y apresamiento de embarcaciones piratas y en corsario, entre el laberinto de las islas Griegas, guardia de aquellas plagas.

Cumplido el año de licencia, con verdadero júbilo recibió cédula del Rey en la cual le ordenaba el Secretario de Marina, embarcar en la Armada del Mar Océano, y en la noble y antigua casa de los Oquendo, empiezan de nuevo los preparativos para el viaje de uno de sus más prestigiosos moradores.

En el Atlántico, la Armada del Mar Océano, al mando del Almirante don Luis Fajardo, tenía a su cargo la vigilancia de las costas españolas, que entonces lo eran todas las occidentales de la Península. Siendo su base Lisboa, se destacaban algunas unidades hasta las Azores; en ocasiones para escoltar y proteger a los Galeones cargados de valiosos objetos, procedentes de América, incursiones éstas que extendíanse hasta América.

Uno de los tan frecuentes ataques, presentose en el mes de julio de 1604, cuando el joven marino aún no tenía 18 años. La alarmante noti

tribuciones a los pueblos de las costas portuguesas, causando graves daños al comercio, motivó que el Almirante, conociendo el valor y talento militar de Oquendo, sin titubeos, le encomendara la captura de éstos; con ello le brindaba la oportunidad de desarrollar sus extraordinarias facultades tan extrañamente manifiestas a su edad.

Para tal misión fueron designados dos Galeones, "Delfín de Escocia" como nave Capitana al mando de don Antonio y la "Dobladilla".

Previstos los dos bajeles de todo lo necesario para cumplir su misión, el 1° de julio de 1604, el nuevo Capitán don Antonio de Oquendo, partió de Lisboa, con el firme propósito de no regresar a su base, sin antes haber dado caza a los intrusos.

Hasta el Cabo de San Vicente, debería ir escudriñando la costa, sin entrar en ningún puerto, a menos que se tratara de un caso fortuito.

En su inspección costera llegó cerca del puerto de Cadíz, y por informes recabados de otras embarcaciones, sacó en conclusión que se trataba de dos galeones ingleses.

Al parecer, iba resultando infructuosa la tenaz búsqueda, para los tripulantes del "Delfín de Escocia", y pese a la estricta vigilancia de todos a bordo, el Capitán Oquendo escrutaba los confines, sin respuesta. Hasta que al fin, al alba del día 7 de agosto, avistaron al enemigo.

Las dos naves Capitanas, inglesa y española, gobernaban hacia el encuentro, al abordaje, y muy pronto los dos panzudos galeones crujían estrepitosamente al chocar el maderamen de los cascos y, aunque la iniciativa del combate tocó a los ingleses, cuya audacia provocó desconcierto entre la dotación del "Delfín de Escocia", el valor y arrojo de su joven capitán, les hizo reaccionar, pues al cabo de dos horas, Oquendo había capturado la nave adversaria, y al pirata británico.

Estas luchas cuerpo a cuerpo destrozando cráneos, cercenando gargantas y mutilando hombres enloquecidos por las llamas y el griterío, duraban horas.

Las averiadas naves de Oquendo, custodiando su presa, entraron en Cascaes, para ser reparadas y atendidos los heridos, saldo de aquel evento sangriento.

Esta victoria en su primer mando, le valió elogios calurosos del Jefe de la Flota y ésto fué motivo también, para que el Rey lo estimulara nombrándolo Jefe de los galeones que al partir Fajardo con la flota habían quedado en su base por falta de tripulaciones. El mismo Al-

cia de que dos bien pertrechadas naves inglesas, las cuales exigían conmirante le ordenaba reclutarla e incorporarse.

Para el mes de abril de 1605, don Antonio recibe una carta del Monarca en la cual se le ordenaba entregar los navíos a su cargo y presentarse en la Corte, establecida entonces en Valladolid.

Algo meditativo lo encontramos viajando en las sillas de postas, dando tumbos por aquellos accidentados caminos. Como era de rigor los fatigados viajeros pernoctaban en las imprescindibles posadas o ventas.

Ya en la Corte de Felipe III, el joven Oquendo, después de escuchar las frases elogiosas de aquel también joven, Rey, recibió el documento que lo acreditaba como Gobernador de la Escuadra del Señorío de Vizcaya, tomando el mando el 6 de julio de 1605, cuando contaba 28 años de edad.

Por aquel entonces, Holanda proveía a España toda la materia prima, como madera, jarcia y otros materiales, lo único de metal que se usaba en esas embarcaciones, era la bomba. Felipe III, impulsaba la construcción de poderosas naves, a fin de que a las embarcaciones mercantes, se les acondicionara con pertrechos de guerra. Como estos galeones se construían en Vizcaya y Guipuzcoa, sus dotaciones se formaban con gente oriunda del lugar, y ambas partes reclamaban para sí, el nombre de la Escuadra. A causa de estas rivalidades, la máxima autoridad que lo era, el Rey y sus Consejeros, optaron muy cuerdamente en denominar a las Escuadras Unidas de Guipuzca, Vizcaya y Cuatro Villas, con el solo nombre de: "Escuadra de Cantabria", que llevará en lo sucesivo.

Pendientes sus superiores de la salud de don Antonio, por entonces quebrantada, en el verano de 1606, se le ordenó al valeroso y prestigioso Gobernador, descansara en Lisboa. No obstante, este hombre infatigable, reanudó muy pronto sus actividades, asumiendo el mando y escoltando de nuevo a los buques procedentes de Indias.

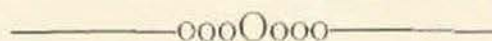
En 1607 y precisamente por falta de esta protección, en la Barra de Vidarte (Francia), se perdieron cuatro galeones de su Escuadra en una siniestra y tempestuosa noche. De aquel naufragio sólo pudieron salvarse 20 vidas.

Como en la época que nos ocupa, la gente vivía bajo el temor de supersticiones y brujerías, España achacó el desventurado suceso al mal de ojo y otras hechicerías por parte de los franceses, para destruir las embarcaciones españolas.

Pronto se recuperó la artillería perdida, gracias al esfuerzo de don Antonio y a su atinada intervención con el Rey; pero ante el grave peligro de un posible ataque de las flotas holandesas, se "tomaron a sueldo" en Guipuzcoa quince naves con su dotación y pertrechos para la defensa de los amenazados puertos del Cantábrico.

La nueva Escuadra de Guipuzcoa, como se le denominó esta vez, y al mando de Oquendo, zarpó el 11 de julio (1607) con destino a Santander, reforzando allí su Escuadra con dos galeones más, y, embarcando Infantería de Burgos, continuó su ruta de exploración hasta la Coruña. Con 500 reclutas más, abandonó este puerto a fin de reunirse en Cascaes con las naves de Antonio de Castro y esperar órdenes del Jefe de la Armada del Mar Océano.

El 7 de enero de 1608, estaba fechado el documento en el cual el Monarca otorgaba a don Antonio el Título de Capitán General de la Escuadra de Cantabria; este cargo que fue desempeñado por su padre a los 43 años, ahora, emulando a su progenitor, lo lograba él a los 31 años de edad.



Un chiquitín emberrinchado lloraba a moco tendido en el tranvía, negándose a bajar. La atribulada mamá no sabía cómo convencerlo, y viendo a un Oficial de Marina que subía, exclamó:

—Pepito... si no te callas, le diré a ese policía que intervenga.

—¿Verdad, señor gendarme que se lo llevará usted?

El Oficial, molesto por el papel que le había asignado la señora, ahuecando la voz dijo:

—Si no te callas, muchacho chillón, me llevaré esta vieja fea.

:: :: ::

Acerca de la flema inglesa, se cuenta el caso de un Comandante que al maniobrar su destructor, durante un cambio de rumbo no interpretó a tiempo la señal del insignia, y abordó al buque anterior inmediato de la formación.

Se encontraba perplejo pensando cómo aclarar su buque de la colisión, cuando el Oficial de Comunicaciones le presentó un telegrama del Comandante de la Flotilla.

"Me gustaría saber que va a hacer usted ahora."

El aludido, considerando que no podría escapar del retiro, contestó:

"Páreceme que tendré que dedicarme a cultivar una granja".

“Marina”

(Cuento)

Por Canopus

Los personajes que intervienen en este cuento son ficticios, cualquier semejanza con personas de la vida real, no es más que coincidencia.

Esa mañana se levantó Marina más temprano de de costumbre como si presintiera que algo diferente ocurriría en aquel lugar tan alejado de la civilización. Recordó el día que había llegado con sus padres a ese faro; tenía alrededor de cinco años, y ya habían transcurrido diez. De la flaquirucha niña de aquel entonces, se había convertido ya en una hermosa mujer. Alta, el pelo caía sobre sus hombros abundante, en su frente, un fleco muy bien cuidado durante las horas de soledad, enmarcaba su rostro maravilloso de cejas pobladas, pero perfectamente peinadas por naturaleza; pestañas muy largas protegían sus ojos café claro. A través de la entallada blusa de amplio escote se podía apreciar que Marina, gracias al ejercicio continuo por las labores de la pequeña hortaliza que cuidaba, por las largas horas de natación en la playa y la magnífica alimentación a base de mariscos que abundaban en la región, había obtenido su cuerpo las formas de una fina escultura.

Subió corriendo los setenta y tantos escalones para llegar a donde se encontraba la linterna aún encendida; ya era costumbre para ella apagarla todas las mañanas, y hacía esto con gusto, para que su padre siguiera durmiendo. Estando arriba contemplaba el amplio horizonte, y si llegaba a descubrir alguna embarcación en la lejanía, sentía que su corazón palpitaba con más fuerza y pensaba que quizá algún día podría hacer algún viaje por lejanas tierras. Después oteaba el horizonte por la parte de tierra, gustaba de contemplar la abundante vegetación, ver cómo las aves, ya con varias horas de vuelo en busca de alimento, se posaban en las copas de los árboles. Cuando de pronto, cuál sería su sorpresa, que le pareció ver los burros de “Chinto”, el encargado de hacer la comunicación, llevando al combustible necesario para

mantener encendida esa señal que tan importante era para la navegación, por ser "faro de recalada". A la vez, Chinto le llevaba a su padre el pagamento y algunas cosas que se le encargaban. Pero lo raro del asunto no era eso, sino que apenas la semana pasada había "comunicado" Chinto. Porqué nuevamente venía. Pensaba todo esto Marina, mientras la pequeña caravana se había metido en un recodo de la vereda, desde donde le era imposible seguir observándola. Por fin pudo ver en la lejanía, que además de los burritos que de costumbre acompañaban a Chinto, ahora se veían cuatro cobalgaduras más, y una acémila. Bajó corriendo de vuelta los setenta y tantos escalones con la velocidad y belleza estóica de una gacela. ¡Madre, padre, viene Chinto con cuatro personas!

—Pues no fué tan "tras lomita" como habías dicho Jacinto, aún falta bajar esta pendiente y aún más, cruzar la laguna, vociferó el Capitán García, como era su costumbre; a base de gritos y maldiciones se había creado una ficticia personalidad para ocultar su falta de preparación y también su buen corazón, porque en el fondo era bueno con sus subordinados y les resolvía la mayoría de sus problemas, aún cuando lo hacía siempre salpicando desagradables palabras. Varias veces había platicado al grupo que formaba la expedición, su participación en la batalla naval de Topolobampo, y sus viajes a lo largo de las costas mexicanas, las que conocía como la palma de su mano. Al extranjero, no había ido, nunca supo por qué. Ya pensaba retirarse, cuando le habían ofrecido e a comisión para ir al mando de una expedición que inspeccionara todos los faros de la República, ya que, terminada la Revolución Mexicana, se normalizaban todos los trabajos.

Junto al Capitán García, como siempre, llenándole la cabeza de ideas y proyectos que él no comprendía, marchaba Prieto, Ingeniero Civil encargado de revisar las construcciones de los faros. Dos objetivos eran la razón de su existencia. Uno, el ocupar un buen puesto en el Ministerio y otro, las mujeres; ambas razones las consideraba él íntimamente ligadas una a la otra, ya que la segunda, no la podía lograr sin los beneficios de la primera. Durante todo el viaje, había tratado de "lavar e el cerebro" al Capitán García, para que se lanzara a la caza de una Jefatura en el Ministerio aprovechando las buenas relaciones que le había dejado la Revolución, que él (Ramírez) ponía a su disposición todos sus proyectos, que no le interesaba que aparecieran como de él, sino que lo único que perseguía era el beneficio para el País.

En segundo término, montando un caballo que a leguas se veía que

estaba ya cansado de su pesada carga, hundido en sus pensamientos, dormitaba el Maestro Pedro, ensargado de la revisión de los aparatos. Treinta años pesaban sobre sus espaldas, por lo que conocía cada mecanismo a la perfección. Sabía de antemano, que no era necesario que él visitara los faros, porque todos los aparatos habían ya trabajado más del tiempo que esas máquinas soportan, que era necesario cambiarlos todos, en virtud de que, por haberse encontrado el País bajo las terribles garras de una Revolución, se habían desatendido las reparaciones en los talleres de control de los aparatos. Su esperanza era la de ocupar la jefatura del Departamento por sus amplios conocimientos en el funcionamiento de los diferentes aparatos, y por sus años de antigüedad; y así pensaban también todos los fareros que lo conocían de muchos años atrás, ya que él, también había iniciado su carrera custodiando un faro. Sin embargo, al irse ampliando las necesidades de iluminación de las costas y combinando las actividades de la oficina, habían ido ingresando técnicos más preparados y él, veía como sus aspiraciones se iban colocando más lejos cada día, sin embargo, se encontraba satisfecho. Los faros lo querían; eso podía notarse, porque en cada una de las inspecciones se le había dado mayores atenciones que ni al mismo jefe de la Expedición. Pensaba ya Pedro, que lo mejor sería retirarse, transmitir los amplios conocimientos que sobre la materia había adquirido durante su larga vida de farero, y así se lo había expresado muchas veces al Ingeniero Aguilar el cuarto de los expedicionarios, diciéndole que quizá él podría ocuparse del control y mantenimiento de los aparatos, pero Aguilar se excusaba diciendo que no era su ramo.

Aguilar estaba experimentado en Cartografía. Pensaba que nadie quería comprender la importancia de hacer levantamientos para obtener la Cartografía completa de la República. Ya terminada la Revolución, el País debía de iniciarse en el progreso, para estar a la altura de las demás naciones. La experiencia de la primera guerra mundial había demostrado una vez más, que el éxito de las campañas, tanto en tierra como en mar, se basaba principalmente en el conocimiento absoluto de los campos de batalla. Sabía además, que los mapas que existían de la República Mexicana habían sido levantados por ingleses en el siglo pasado, y que a la fecha, la "cultura" había cambiado completamente, por lo que era necesario hacer nuevos estudios y levantamientos. La primera guerra mundial también había enseñado la importancia que tomaron las observaciones desde aviones para el control del tiro, y para la obtención de fotografías que mostraban los campos enemigos y, se-

gún había leído en un boletín cartográfico, se empezaban a emplear las fotografías aéreas para la obtención de los detalles, lo cual reducía mucho el trabajo de elaboración de mapas.

Todo esto lo había él comentado al ser contratado, con la esperanza de formar una brigada de levantamiento, pero la escasez del presupuesto, lo había relegado a segundo término. Sin embargo, había sido designado para esa comisión en la cual su papel era el de determinar las condiciones hidrográficas de la región en que se ubicaba cada señal luminosa, y si reunía las necesidades para la seguridad marítima. Él pensaba que ese trabajo no le prestigiaba mucho profesionalmente, pero tenía que hacerlo mientras se normalizaban todos los trabajos en el nuevo Gobierno.

Meditando cada jinete en sus propios problemas, se iban acercando al faro, sin imaginarse que los cuatro se verían envueltos en una singular aventura.

Juan, el padre de Marina, iba ya a media laguna bogando en la pequeña embarcación que les servía para comunicar el islote donde se ubicaba el faro y el fin de la vereda que comunicaba con el poblado más cercano. Marina y su madre Antonia, arreglaban su casa que a leguas demostraba cuatro manos femeninas dedicadas exclusivamente a ella. Cocinaban a base de carbón hecho por el padre. Los muebles, rústicos, también habían sido manufacturados por el laborioso hombre de la casa, y las pequeñas cortinas eran del gusto de Marina.

Dedicada a sacar agua de la cisterna, Marina, estaba nerviosa por la presencia de la caravana. Su madre, haciendo algunos preparativos para dar de comer a los peregrinos, preparando la mesa y llenando las jarras de "Raicilla", un aguardiente que ellas mismas preparaban a base de raíces de ciertos vegetales.

La ceremonia de presentación fué por demás importante. Al poner pié en tierra los expedicionarios, Juan como jefe de la familia hizo las presentaciones: —Mi mujer y mi hija. El Capitán García, que viene a ver que nos falta; al Maistro ya... —Maistro Don Pedro, dichosos los ojos que lo ven— interrumpió la mujer —Buenos días Don Pedro,— dijo Marina.

Mientras este pasaba, los ojos de Ramírez ya habían descubierto la hermosura de las formas de Marina, y su mirada iba recorriendo de arriba a bajo todo su cuerpo, sin importar la presencia de los demás.

Aguilar saludó cortesmente como le era costumbre aún tratándose de humildes personas. Cuando extendió su mano para estrechar la de

Marina, no pudo evitar el admirar por un instante sus hermosos ojos; comprendió que en ella había toda una personalidad. Su mirada demostraba inteligencia, y al sostenérsela, que no había la timidez que podría haberle causado la lejanía con el mundo civilizado. Soltó su mano, volvió su saracof al lugar de donde lo había quitado al saludar a las damas, y puso atención a lo que el Capitán García expresaba.

—¡Por lo pronto no comeremos! —¡Mejor a trabajar! —No sea que se nos vaya la luz— Haber don Juan, véngase paca, vamos a ver que le hace falta— —Ustedes a su trabajo muchachos.

Todos empezaron a desempeñar sus labores, y fué entonces cuando Ramírez “despertó” de sus pecaminosos sueños y dió principio a su trabajo, interrumpiéndolo cada vez que cerca de él pasaba “su uvita silvestre” como había empezado a llamar a Marina. —Ya viste qué cuero de vieja Aguiar!— —Que se me hace que no se me escapa— —¡Ay mamacita!—.

Ya empezaba a declinar el sol, cuando se sentaron todos en el portal a tomar el fresco, excepto Aguiar, que una vez terminadas sus labores se había ido a tomar un baño. Empezaron a servirse las “Raicillas”, y la plática fue variada. Cuando Aguiar se incorporó al grupo ya las caras sonrojadas y los volúmenes de las voces, hacían notar que la “raicilla” empezaba a lograr sus consecuencias. Doña Antonia le acercó un vaso al recién llegado y le sirvió. Los demás, habían terminado de comer y seguían bebiendo. Hablaba Juan arrastrando un poco la lengua por los efectos del aguardiente. —Pos por acá ni nos enteramos de la Revolución, más que cuando Chinto “comunicaba” y nos decía que Zapata, que quién sabe quien, que mataron a Madero, aquel traidor Huerta, que si Villa. ¡Que se maten decía yo, nosotros acá rete tranquilos—. —No hay mayor felicidad que la tranquilidad de este paraíso; aquí se encuentra uno muy contento, tenemos casa, vestido y sustento; Dios Nuestro Señor no nos abandona— —Y cómo quieres que lo haga— interrumpe Doña Antonia. —Si los pajaritos, las gaviotas y a todos los animalitos nunca les falta de comer y están cubiertos de plumas tan bonitas, pos cómo quieres que a nosotros que somos sus criaturas preferidas nos deje sin nada—.

Ya más borracho Juan, empezó a decir que lo único que, según él, le entristecía, referente a Marina. El la veía como un ejemplar muy fino al que había de cruzar con otro también de raza fina; y en esos términos decía. Quizá su criterio se había normado por la forma natural de que estaba rodeado desde hacía años. Pensaba con respecto a Ma-

rina, en la misma forma que lo decía con respecto a sus crías, sus plantas y la fauna que lo rodeaban. Es más; le entristecía el que su hija no hubiera cumplido aún a misión que la naturaleza le había donado: la de la maternidad. Con qué gusto él recibiría un nieto; con qué cariño él le dejaría todo aquello que a través de los años había logrado formar. En fin, él se había propuesto que su hija le diera un hijo y lo iba a lograr.

—Pos yo quiero que mi Marina me dé un nieto, y he pensado mandarla pa la ciudad. Quiero que se junte con un joven inteligente, pa' que el niño también lo sea, y luego que se venga a tenerlo acá, pa' que sea la felicidad de la casa. Cuando decía esto, el Maestro Pedro recordó que, Juan le había escrito al saber que había enviudado, que le gustaría que contrajera segundas nupcias, y que se vería muy complacido si se fijara en Marina. Don Pedro no había hecho caso a la sugerión, primero por el reciente fallecimiento de su esposa, y segundo porque no se imaginaba ni tantito, que se tratara de aquella hermosura de mujer, que provocaba la admiración de todos cuando, con su cadencioso andar daba vueltas en torno de la mesa sirviendo los ricos manjares y las sabrosas bebidas. Desde ese momento, Pedro Pérez, con veinte años menos, empezó a dar vueltas a su pensamiento hasta formar una masa que lo hacía revivir, renacer esperanzas, volver a ser joven ¡felicidad! ¡felicidad!

Por su parte el Capitán García pensaba en los años que había pasado embarcado, los cuales no le habían permitido contraer nupcias, o cuando menos pensar en ello, por que ni novia había tenido, quizá por su poca educación que no le permitía hacer buenas relaciones. Al escuchar las palabras del padre de Marina, también en su cerebro empezó a tomar forma una brillante idea, y porqué no, si el no podía relacionarse en la ciudad con alguna chica, aún cuando no fuera muy bonita, allí en el campo, se le presentaba la oportunidad de unirse a una hermosísima mujer, y que más que el viejo estaba haciendo la insinuación, y seguramente era dirigida a él, por las ventajas que podía acarrearle al padre de Marina. Se había convencido a sí mismo, que Juan lo quería de yerno, Marina haría lo que su padre le dijera. Además, ya era tiempo de pensar en tranquilidades y ésta era la oportunidad de su vida; por lo tanto, decidió aceptar la propuesta de Juan y llevarse a Marina como su esposa.

El Ingeniero Ramírez estaba más adelantado que los dos personajes anteriores, él hacía varias horas que tenía proyectado un plan, y

ahora, con las palabras del padre de élla, todo salía a pedir de boca, ya no habría necesidad de preocuparse por el enojo del viejo o de las complicaciones que pudieran presentarse una vez consumada su morbosa acción. Pensaba que de seguro Marina había quedado entusiasmadísima con él y que el asunto era pan comido.

Al día siguiente, la brigada de inspección cruzaba en la pequeña embarcación la laguna para regresar, mientras Marina y su madre decían adiós desde su casa, en el vientre de María la maternidad había exhalado su soplo fecundo, gracias al amor que ella había ofrecido a uno de aquellos personajes, ¿Cuál?... Volvamos a la escena de la sobre mesa.

(Continuará)

:: :: ::

Entre las fugas" de Cadetes del Antigua Edificio de la Escuela Naval, hubo algunas que se hicieron famosas.

Un Sargento de Cadetes a quien no gustaba descolgarse por las tuberías, ni pasar a través de los barrotes de las ventanas, se puso su overol, se tiznó la cara y salió por la guardia. Saludó al Oficial y dijo:

—Marinero Gutiérrez, Ayudante de Cocina!

—No puede salir si no lleva uniforme blanco.

—Mi Teniente, no lo tengo; acabo de ser contratado.

—Entonces vaya a asearse.

—Es que he estado horneando pan y no puedo mojarme.

—El Teniente hizo una seña, dando el permiso, y el Cabo de Turno, quien por lo visto había reconocido al disfrazado, rubricó la orden con esta frase:

—Sale Panadero, Ayudante de Cocina.

:: :: ::

—Ahi está.—Le dice un grumete a otro.—Como te puedes echar al agua entre tantos tiburones..

—¿Cuáles tiburones?.

—Pos esos— Señala el grumete, señalando unos peces multicolores que saltaban en el tubo ed aguas negras.

—Son chopas —bobo ¡Así que cuídate!

ESTHELA

Por el Capitán de Fragata C. G. CARLOS CERVERA URMENTA

En una verde cañada del reducido campamento Naval en la Isla del Socorro del Archipiélago de las Revillagigedo, por entre los oscuros riscos, asomaban sus persistentes corolas todas las mañanas, los cambiantes arrayanes y las sensitivas leguminosas en busca de activador rayo de sol. A diario recreaba la vista y el pensamiento mío en los variados matices de tan singular flora insular.

Es respetable ley en la Meteorología actual, bautizar con un conocido nombre femenino, las temidas perturbaciones tropicales que afectan la atmósfera en los calurosos meses del año.

Hasta fines del cálido mes de agosto de 1960, únicamente cuatro perturbaciones habían afectado en mayor o menor grado al agreste Archipiélago. Antes de finalizar ese mes, se gestó en las inmediaciones del ventoso golfo de Tehuantepec, un temible huracán con diámetro de 200 millas náuticas y vientos de 80 nudos de velocidad capaz de devastar totalmente cualquier centro demográfico. Con decisión sorprendente comenzó a desplazarse en dirección oeste-noroeste con indicios inequívocos de azotar los escarpados litorales de las lejanas Revillagigedo. Esa memorable fecha para nosotros del 2 de septiembre, se declaró abiertamente resuelto a asolar nuestro indefenso cuanto di tanto campamento. Para esta fecha se dilató su diámetro a casi 400 millas, el movimiento de traslación descendió a 4 nudos haciéndolo todavía más peligroso y devastador. La intensidad del viento aumentó a 127 nudos o lo que es lo mismo 235 kilómetros por hora aproximadamente. Eran 18 diminutas y frágiles casitas de madera que se mecían peligrosamente bajo el impacto del viento destructor, las que componían el pequeño vivac. Para las 12 hrs., de ese día, las rachas eran de 80 nudos y antes de la media noche, se incrementaron a la máxima de 127.

Ninguna medida de seguridad era suficiente para hacer frente al

embate imponente de los elementos en franca rebeldía. Las previsiones adoptadas eran íntimas ante la magnitud del fenómeno. El mar, montañoso, en la intensa oscuridad, golpeaba sin descanso los elevados desfiladeros de la abrupta costa, haciendo estremecer la pétreo estructura de la isla. El impacto demoledor de las olas de una impresionante, era como un fragor imponente de mil piezas de pesada artillería.

Parecía que los elementos de Natura se ensañaran contra los asustados y escasos pobladores, pues cuando el viento azotaba con mayor intensidad, el volcán Everman, adormecido por el transcurrir del tiempo, despertó de tan secular letargo para sacudir severamente el suelo accidentado de la isla. De la actividad pasiva en que permanecía a la plena actividad en breves instantes; pero afortunadamente fue un ligero palpar, que lo sumió en nuevo y profundo sueño.

Varias viviendas quedaron sin el techo protector y los amedrentados ovíparos pasaron a la nada sin dejar rastro alguno. En las tierras labrantías las pérdidas sobrepasaron a los cálculos previstos y muchos miles de plantas de rubio mijo fueron arrancadas a la tierra virgen, al igual que inmensa cantidad de melones, sandías, papayas, chiles, tomates, caña de azúcar, frijol, etc. El huracán afectó a la diminuta isla con intensidades huracanadas durante varias horas que parecieron interminables y chubascos copiosos por más de 8 largos días que reblandecieron la tierra fértil y angustiaron el alma de los temerosos pobladores. El centro del meteoro llamado vórtice, pasó a 3 escasas millas del campamento sembrando la muerte y la desolación en todos aquellos parajes solitarios de la estremecida insula.

Cuando se apagó totalmente la furia atmosférica, la desnuda campiña era un inmenso lago sin rastro alguno de la obscura vegetación que ostentaba orgullosa días antes. El panorama era triste y sombrío, pero aún nos quedaba mucho por perder: nuestras vidas.

En el sembradío natural de la cañada verde pasados 4 meses, como asustados pajaritos comenzaban a asomar las mirtáceas sus pálidas corolas al mortecino sol de la tranquila tarde invernal.

Habíamos sobrevivido al meteoro de mayor intensidad que registra la Meteorología en 50 años atrás... el Esthela.

México, D. F., octubre 31 de 1966.

21 de Abril de 1914

Tomado del Editorial de la Revista General de la Armada de México del N° 21 de abril de 1964

Cúmplase en este mes el aniversario de la heroica defensa del puerto de Veracruz ante las fuerzas invasoras norteamericanas el día 21 de abril de 1914. Fecha de gloria en nuestra historia, porque durante ella se puso de manifiesto el temple y la bravura del mexicano, que no vaciló en oponerse a la invasión a pesar de la desproporción de fuerzas; fecha de luto, porque en ella se derramó abundantemente la generosa y juvenil sangre mexicana. Fecha también de ignominia en los fastos de las relaciones internacionales, porque pasando por alto el más elemental sentido del Derecho y de las normas que rigen a las naciones civilizadas, nuestro suelo fué hollado en un alarde de arrogancia y con un desplante inaudito de fuerza.

Las circunstancias de la acción: los oscuros orígenes sobre los que quiso edificarse una justificación —a todas luces imposible— son de todos conocidos. El Presidente Wilson, que antes de llegar a la primera magistratura de su país, era una reconocida autoridad de asuntos jurídicos y políticos, en un momento quiso transformarse en el máximo componedor de los asuntos mexicanos y ordenar el castigo del usurpador Huerta, para lo cual no vaciló en ordenar la invasión de nuestro suelo. La expresión wilsoniana de que era un asunto entre su gobierno y una persona que se llama a sí misma Presidente provisional de México, no podía satisfacer a ningún mexicano, cualquiera que fuese su credo político. Don Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, a quien aparentemente podía convenir cualquier acción contra Huerta, no vaciló en protestar airadamente contra la alevosa invasión.

Son también de sobra conocidos los incidentes de la jornada: la precipitada salida de las tropas de Huerta, al que se pretendía castigar la desaparición de los veracruzanos por la falta de armas para ope-

nerse a los de embarcos y la conducta heroica de la Escuela Naval Militar.

Abandonado el puerto a su suerte por quien estaba obligado a, por lo menos, hacen sentir la presencia de las fuerzas armadas federales, un puñado de hombres se hechó a cuestras, la tarea de oponerse a la invasión. De entre ellos, destaca la figura del Comodoro D. Manuel Azueta quien sin comisión militar alguna en ese momento, no vaciló en llegar a la Escuela Naval y organizar su defensa. Su actitud fué la de un verdadero Jefe, impulsado por un alto sentido de patriotismo. Llegó a la Escuela Naval y su fervor patriótico encontró desde luego el de los cadetes, quienes parecía tan sólo esperaban el grito, estentóreo y vibrante, de ¡viva México! para dar rienda suelta a su entusiasmo y a su ardoroso afán de empuñar las armas. Momento sublimemente, aquel en que el alto y distinguido Jefe de la Armada y los jóvenes, algunos niños, cadetes, vibraron a un mismo tiempo y bajo una misma voz ¡viva México!

Se dice que el tiempo restaña las heridas; el tiempo hace que las circunstancias cambien y, claro está, también la actitud y las relaciones entre los países. A cincuenta años de distancia, no tratamos de revivir rencores y de avivar rencillas. Lejos de nosotros pensamiento tal. Pero, por encima de los años, jamás podremos olvidar la gesta heroica, la actitud digna y firme de quienes no vacilaron un instante en darlo todo por el suelo que los viera nacer.

Gloria eterna a Uribe, a Azueta, a Alacio Pérez y a los demás que cayeron en la lucha. Ellos tienen un destacado lugar en el altar de la Patria. Y para todos aquellos que lucharon con el mismo fervor que quienes cayeron, para todos aquellos que sobrevivieron a la jornada, nuestro más alto homenaje de respeto y veneración y de gratitud por el ejemplo que nos brindaron a las generaciones que les han seguido.

PARTE OFICIAL DE LA ACCION DEL 21 DE ABRIL DE 1914.

Parte de novedades rendido por el C. Comodoro Manuel Azueta a la Secretaría de Guerra y Marina, con motivo de la defensa de la Escuela Naval y puerto de Veracruz el 21 de abril de 1914.

C. Secretario:

“Tengo la honra de manifestar a Ud. que con fecha 22 del corriente, dirigí a esa respetable Secretaría el siguiente telegrama:

“Hónrome informar a Ud. que al verificarse desembarco de americanos, me incorporé a la Escuela Naval y con personal de Jefes, Oficiales y alumnos procedimos a defender dicho edificio donde atacados por invasores, tanto por fuego de fusilería, como de cañón, sosteniéndonos en la Escuela Naval desde las 12 hs. hasta las 7 p. m. que la evacuamos por ser insostenible la posición por la parte del mar, de donde recibimos fuego de metralla que perforó las paredes del edificio. Además del personal de la escuela, estuvieron con nosotros Capitán de Navío Aguilar y Tesiente Mayor Sáenz, que se presentaron desde que principió el fuego, que duró hasta las 7 p. m. habiendo sido herido mortalmente el alumno Uribe, incorporándonos a pie desde Veracruz a Tajería, donde nos reunimos a la columna de mi General Gustavo Maas y en donde se me presentaron el Capitán de Fragata Solache y Primer Teniente Daniel Ríos. Con este motivo permítome encomiar el valor, patriotismo y entereza que demostró todo el personal de la Escuela y demás Jefes citados, habiendo cumplido con su deber hasta el último momento —Respetuosamente. Comodoro Manuel Azuela”.

Confirmando, pues mi telégrama anterior, permitiéndome agregar que ya en Soledad recibí el siguiente parte que el Director de la Escuela me dirigió con fecha 22 del mismo mes, y el cual fue entregado a mi salida de Soledad para esta capital, en cumplimiento del superior telégrama que dirigió Ud. al señor General Gustavo Maas, ordenándome que con la Escuela Naval pasara a esta Plaza; salimos de Soledad el 25 por la noche, llegando a México después del mediodía del 26, y pasando a Chapultepec, en compañía del señor Contralmirante Othón P. Blanco, que nos fue a recibir, donde dejamos instalados a los alumnos de la Escuela Naval y demás personal que los acompañan.

El parte del señor Capitán de Fragata Rafael Carrión dice así:

“C. Comodoro: Tengo la honra de participar a Ud. que con fecha de hoy digo al C. General Secretario de Guerra y Marina lo siguiente: Tengo la honra de poner en el superior conocimiento de Ud. las novedades ocurridas el día de ayer: A las once y media de la mañana observé que del transporte americano fondeado en la bahía, embarcada tropa en los botes (once). Momentos después llegó el profesor de 2o. año de inglés, doctor Antonio Espinosa, quien manifestó haber sabido en el Consulado Americano, que a las once iban a desembarcar americanos; inmediatamente envié al señor Subdirector, Teniente Mayor Angel del Corzo, a la Comandancia Militar. para recibir órdenes; a este

tiempo las lanchas de desembarco se dirigieron al muelle por el rumbo de la Terminal; se ordenó en seguida clausurar las clases y armarse los alumnos, marinería y servidumbre, procediendo a municionarlos; en estos momentos se presentó el señor Comodoro don Manuel Azueta y poco después el C. Capitán de Navío Aurelio Aguilar y en seguida el Teniente Mayor Modesto Sáenz. A las doce regresó el subdirector; manifestando que la Comandancia Militar estaba sola, que nadie había en ella y que habiendo preguntado en la calle, no logró saber dónde el señor General se encontraba, acto continuo se procelió a poner pequeñas defensas en los balcones y se practicaron aspilleras en la planta baja, en el frente; al intentar los americanos desembarcar ametralladoras en el malecón, fueron obligados a reembarcarse en sus lanchas; por el fuego de los alumnos, replegándose aquéllos a su transporte, el que abrió en seguida fuego de cañón de 101 mm., destruyendo con él lo Prevención, Detall; clase de navegación y parte de las habitaciones del Director: las lanchas hicieron fuego con cañones de pequeño calibre 37 mm. aproximadamente. Una vez que destruyeron esa parte, cesaron su fuego, que afortunadamente no fué todo eficaz debido a que no explotaron los proyectiles que enviaron sino uno de ellos; los alumnos recogieron tres de las de 80 ó 101 mm., de las que no explotaron y varias de las pequeñas que tampoco explotaron; en este período es de llamar la atención especialmente del centinela alumno Eduardo Colina, quien saliendo de entre escombros volvió a ocupar su puesto; por el frente lateral que ve hacia el mercado, se recibió fuego de fusilería; en éste el alumno Virgilio Uribe fue herido en la parte superior del cráneo, pasándolo inmediatamente a la peluquería, que servía de enfermería, donde se le hizo la primera curación por el Practicante de 2a. Luis Moya; continuó el fuego hasta poco antes de las cinco de la tarde en que hubo un pequeño intervalo, oportunidad que se aprovechó para enviar al alumno Uribe al Hospital, con unos miembros de la Cruz Roja; éstos nos informaron que todas las fuerzas habían salido de la población, pero no dimos crédito y continuamos en nuestros puestos; al oscurecer nos reunimos el señor Comodoro Azueta, Capitán de Navío Aurelio Aguilar y el suscrito, para ponernos de acuerdo y tomar una determinación; como no se habían recibido ningunas instrucciones resolvimos evocar la Esqueño intervalo, oportunidad que se aprovechó para enviar al alumno Uribe al Hospital, con unos miembros de la Cruz Roja; estos nos incluyeron y salir a buscar las fuerzas federales; la salida se verificó por las atarazanas, a fin de evitar la luz de los proyectores; encontramos el

Cuartel de Artillería solo, nos dirigimos a la Comandancia Militar donde se encontraban cuatro soldadis, los que nos informaron que el señor General y las fuerzas se encontraban en Tejería; continuamos por la alameda hasta llegar a la estación de los Cocos, allí nos confirmaron que las fuerzas, con el señor General Comandante Militar, se encontraban en Tejería, procediéndose en seguida a emprender la marcha hacia ese lugar, siguiendo la vía del Ferrocarril Mexicano; en la estación de Cocos nos alcanzó el Teniente Coronel Médico Marcelino D. Mendoza, quien nos informó que el alumno Uribe había muerto, siendo su cadáver remitido al hospital de San Sebastián para que le dieran sepultura, a las doce y media de la noche llegamos a Tejería, incorporándonos a las fuerzas que se encontraban allí y dando parte verbal al C. Comandante Militar de los acontecimientos y novedades. Los oficiales, alumnos y marinería no demostraron la menor vacilación, acudiendo prontamente al lugar por donde se recibió el fuego, retrocediendo un poco al recibir las balas de cañón, pero en cuanto aclaraba un poco el polvo, volvían a su puesto. El pagador recogió los fondos, llevándolos a su casa; a la hora que todo el personal evacuó el lugar, se cerraron con llave todos los departamentos que contenían archivos, con excepción del Detall; todo el parque se distribuyó entre los alumnos, según sus fuerzas, dejando sólametente un cuarto de caja, el que se le recomendó al criado de la. Roberto Fernández lo escondiera, quedando él como vigilante en el lugar. Debo hacer también especial mención del alumno de la. Ricardo Ochoa, quien saliendo por las atorazanas, se puso pecho a tierra en mitad de la calle frente al instituto, abriendo fuego contra los americanos, que inmediatamente se lo contestaron; esto le valió el aplauzo de varios espaboles que presenciaron el hecho. El Cabo Diego Martínez Corona y el alumno Mario Rodríguez Malpica solicitaron permiso para ir a recoger una ametralladora que había quedado abandonada en mitad de la calle, por haber sido herido el Teniente José Azueta que la manejaba. Pero cuando se disponía a hacerlo, desde el cuartel fue lanzada la ametralladora y recogida. Tengo el honor mi Gral. de hacer a Ud. presentes mi subordinación y respeto, Libertad y Constitución. Tíjeria, Ver., abril 22 de 1914 Capitán de Fragata Director, Rafael Carrión'.

He querido repetir a Ud. el telegrama que tuve la honra de dirigirle, así como el parte que me rindió el Director de la Escuela, porque uno y otro se complementan; habiendo tenido la suerte de llegar a la Escuela Naval cuando salían los alumnos de sus clases, pasando an

tes por la Comandancia Militar, donde pasé a ponerme a las órdenes del C. Gral. Comandante Militar de la Plaza, pero no encontrándolo allí, resolví dirigirme a la Escuela Naval donde fui entusiastamente recibido por todos los alumnos, resolviendo luego que me puse en contacto con el Director, defender el edificio y atacar a los invasores americanos que a nuestra vista procedían a desembarcar en nuestros muelles, armados y sin previa declaración de guerra que yo conociera, habiendo sido este desembarque al principio, por el muelle de piedra de la Terminal, y frente al Consulado americano, apoderándose primero de las oficinas del Cable, pues yo pasaba en esos momentos por esos lugares, vestido de paisano, dirigiéndome inmediatamente a la Comandancia y después a la Escuela, como dije a Ud. anteriormente.

No queriendo pasar por alto el estupor, sorpresa, indignación que en aquellos momentos se apoderó del pueblo veracruzano, que a mi paso me pedían armas para repeler aquel atropello inaudito que se consumó ante los ojos de aquella población heroica, que en otras ocasiones ha sabido defender la integridad de su territorio y que ese día 21 muchos voluntarios se presentaron a pedir armas y municiones, de los cuales hicieron uso, haciendo numerosas bajas a los invasores, tomando parte muy activa la Escuela Naval, como informan los partes que se dirigieron a la superioridad.

Como dice muy bien el señor Director de la Escuela, trataron de desembarcar por el muelle de sanidad, pero el fuego de los alumnos los obligó, después de sufrir algunas pérdidas, a continuar haciéndolo por el muelle de la Terminal y lo que orininó indudablemente que los buques de guerra y lanchas americanos, hubieran dirigido sus fuegos de cañón sobre la Escuela, con tan buena suerte para nosotros, que algunas granadas no hicieron explosión, pero otras sí, causando grandes destrozos en el edificio; pero por fortuna sin causar daño a los defensores de la Escuela.

La Escuela recibió ataques de fuego de cañón y fusilería por el frente al mar, y de fusilería por la parte de la Aduana y del mercado en construcción, siendo en una de las ventanas del dormitorio que da frente al mercado, donde fué herido mortalmente el alumno Virgilio Uribe, a pocos pasos del suscrito, que lo tuvo entre sus brazos. Me permito apoyar la mención que de los alumnos Colina y Ochoa hace el Sr. Director; pero en honor de la verdad, aquel día desde las doce hasta las 7 h. p. m., todos los jefes, oficiales, alumnos y personal agregado de marinería y servidumbre, cumplió con su deber y la Escuela Naval se

cubrió de gloria repeliendo el ataque de los invasores con éxito, pues causó numerosas bajas al enemigo, defendiéndose con valor, patriotismo y entereza, nunca jamás desmentidos, en las siete horas de resistencia que hicimos contra los invasores. Dios probablemente medió al reunirse con aquellos jóvenes alumnos en aquel día memorable, pues no había ningún buque de guerra mexicano fondeado en bahía y quizás todos hubiéramos perecido por los cañones de los buques de guerra americanos; pero la presencia frente al edificio de la Escuela del buque insignia inglés Almirante y el español Carlos V. en cuya dirección no debíamos tirar, a pesar de que pasaban las lanchas cargadas de marinos y soldados norteamericanos, me obligó a ordenar que no se disparara en esa dirección; pero esto después de haber sido destrizadas varias clases por parte del edificio de la Escuela frente al mar, considerando insostenible nuestra situación ante el fuego de los cañones de los buques de guerra americanos. Consideraciones de esta orden y las opiniones de los demás jefes de la Escuela y del Capitán de Navío Aguilar que nos acompañó en la defensa del edificio, nos obligaron a tomar la determinación de evacuar la Escuela a las 7 h. p. m. principiando a verificarlo en el primer posible de la batería fija, de donde ya se habían sacado los cañones y demás material de guerra habiendo contribuido indudablemente a cubrir la retirada, el Teniente de artillería, José Azueta, que a la vista de toda la Escuela se estuvo batiendo con una ametralladora y fue herido al pie de ella con tres balazos; haciendo una brillante resistencia y agregando una palma más a la Escuela Naval, de donde hacía muy pocos meses había salido al honroso Cuerpo de Artillería como Teniente. Tengo entendido que de su comportamiento ya dió parte a esa Superioridad el Sr. Comandante Militar del Estado de Veracruz. Me permito dejar al Sr. Director de la Escuela, Capitán de Fragata Rafael Carrión, el ministrar a la superioridad una relación del personal que combatió en aquella Escuela, teniendo para él mi más caluroso elogio, así como para todos los jefes, oficiales y alumnos que en aquel día memorable 21 de abril, se cubrieron de gloria resistiendo contra los invasores americanos, cumpliendo con su deber. Todo el trayecto del camino del ferrocarril Mexicano entre Soledad por la capital, la Escuela Naval fue calurosamente aplaudida y ovacionada donde se detuvo el tren que la conducía, por militares de hombres que pedían armas, listos a defender nuestra querida patria, lo cual es muy significativo y que me honro en poner en el superior conocimiento de Ud., haciendo especial mención del recibimiento que el patriota y valiente General Luque hizo a

la Escuela, a nuestro paso por Esperanza, con toda su tropa formada y haciendo especiales honores a los jóvenes alumnos que desfilaron ante sus aguerridos soldados. Tengo el honor, mi General, de hacer o usted presentes mi subordinación y respeto. Libertad y Constitución. México 27 de abril de 1914. El Comodoro Manuel Azueta. Al C. General del Ejército, Secretario de Guerra y Marina. Presente.

:: :: ::

Desembarcaron en Islas Mariás dos Oficiales. Una vez que husmearon la Colonia Penal, se alejaron por el camino de las salinas. Ya al oscurecer decidieron regresar. El paraje era selvático, solitario, pavoroso.

A medio camino vieron tras de ellos la sombra de un gran animal. Es una fiera —gritó uno de ellos, y ambos corrieron a máxima velocidad, sin por ello dejar de oír el trote del animal, que parecía acercárseles más y más.

Uno de los Oficiales, bastante gordito, pronto se cansó. Continuó la carrera hasta que se le acabó el aire, y a modo de despedida, gritó:

—¡A mí que me coma!

Y se dejó caer entre la maleza. Llegó el animal, lo olió y le empezó a lamer la cara. Era un perro.

:: :: ::

Durante cierto período de reparaciones en Manzanillo los Guardiamarinas del "Progreso", combatiendo el aburrimiento de algún modo, decidieron "filmar" una película, y convencieron a Catito Castelo, el más inocentón entre los guardias, a que interpretara el papel de "Caperucita".

—Mira, —dijo el que hacía de director—, cuando yo grite ¡Acción!, el lobo aparecerá por la puerta de estribor. Entonces tú corres asustado por la cámara, te escondes bajo una mesa y gritas: "auxilio... auxilio"... el lobo feroz!

Catito aceptó. Y cuando el director gritó ¡acción!, un personaje que no estaba en el elenco apareció inopinadamente por la puerta de estribor: Era el Comandante, Catito vio solamente el bulto del esperado lobo, corrió jalándose los cabellos por la cámara y se escondió bajo la mesa gritando:

—Auxilio... auxilio... ¡me come el lobo feroz!

—Guardiamarina Castelo, —tronó el Comandante—, ¿Se ha vuelto usted loco? Después de que lo vea el médico preséntese arrestado.

:: :: :: ||

UN MARINERO

en la Revolución Mexicana

CAPITULO I.

Don Porfirio inaugura las obras portuarias de Veracruz.

Hacia un calor insoponible. Ese bochorno que anuncia un norte huracanado para el día siguiente.

El dormitorio completamente iluminado y con todas las ventanas abiertas era centro de febril actividad. La campana de la guardia había picado la doce de la noche y nadie pensaba en acostarse. Al día siguiente la Escuela Naval formaría valla al Señor Presidente don Porfirio Díaz. Después le acompañaría como escolta y guardia de honor en la inauguración de las obras portuarias: los dos magníficos rompeolas que convertían a Veracruz en un moderno puerto de altura y el muelle de la Terminal, que con sus diez metros de calado facilitaba la carga y el alijo de los numerosos buques mercantes que visitaban el puerto.

—¿Y todo para qué?— expresó despectivamente el sargento Hurtado.—El señor Presidente nos verá desde la cumbre de su arrogancia y le dirá a sus ayudantes militares:

—Estos cadetes tienen galardía, per les falta esa fibra, ese espíritu, de nuestro Heroico Colegio Militar.

—Pues ahora cambiará la opinión— contestó el Sargento Malpica de la Brigada de Estribor, sacando el pecho y torciendo la boca— porque al que no cche los bofes al marchar, ó se mueva en valla ó incline el arma, además de pasar a probar mi marrazo, cumplirá plantones astronómico durante el resto del año y se despedirá de las franquicias. ¿Entendido, muchachito?

Contesté afirmativamente. El sargento Hurtado me había elegido secretario y mientras él se rascaba el sarpullido tendido en la cama, yo limpiaba afanosamente su arma, pulía los botones hasta que parecían gemas deslumbrantes, y limpiaba sus zapatos.

Cuando quedó satisfecho, me permitió retirarme. Corrí al dormito-

rio sur, en donde treinta cadetes de años inferiores, limpiaban desesperadamente sus uniformes, armas, botones y fornituras.

A las dos de la mañana los Sargentos de Brigada pasaron revista. Los uniformes de gala planchados y cepillados se habían extendido sobre las camas. En el piso, los zapatos de chasol brillantes y limpios; el fusil austriaco de pie con su larga bayoneta calada, apoyado sobre la taquilla abierta, y en el banco la camisa de pechera almidonada, con puños y cuello duro.

No hubo reprensiones, y quince minutos después, las camas levantaron sus mantas y un ronquido general llenó los dormitorios.

En voz baja, que era un silencioso susurro, le decía a Gutiérrez el oaxaqueño:

—¡Estarás feliz de ver a tu paisano!

Me contestó entre sueños:

—A él le debo mi beca. ¿Sabes es casi un Dios!... Lo puede todo... encumbrarte y hundirte.

—Claro, pero fíjate como ha impulsado la Marina. No sólo se están haciendo puertos en Tampico, Veracruz, Coatzacoalcos, Salina Cruz y Manzanillo, sino que la Armada pronto contará con los nuevos buques "Tampico", y "Veracruz" que se están construyendo en astilleros de los Estados Unidos.

Gutiérrez se revolvió en su cama.

—¿Y crees que esto es conveniente? —Ayer estaba platicando el Oficial de Guardia con el profesor de Historia.

Discutían un asunto de importancia. ¿Por qué si México tenía mayor cultura, mejores instituciones y las primeras Universidades de América, los Estados Unidos le sobrepasaron en unas cuantas décadas, a fines del siglo XVIII.

"La razón es simple.—Explicó el Maestro de Historia.—El clima, el idioma y el ambiente de libertad auspiciaron la inmigración. Los colonos sue procedían de regiones industriales y fabriles de Europa, percibieron que la industria pesada les daría grandes riquezas. Buscaron minas de hierro y carbón y establecieron funciones con las que lograron producir buen acero. Con éste fabricaron calderas y máquinas de vapor, y cuando Stephenson inventó el ferrocarril, estaban en aptitud de fundir rieles y fabricar locomotoras. Vino con ello la riqueza, y con ésta el dinero para armas y pagar grandes ejércitos. En Nueva York, Fulton inventó el "Clermont" primer buque de vapor con éxito comercial. ¿Por qué era esto posible?... debido al poderoso desarrollo de la industria pesada norteamericana".

Esto me hizo pensar que en lugar de comprar buques necesitamos fundiciones, a talleres y fábricas de municiones... De qué nos sirve comprar embarcaciones americanas, francesas o italianas, si ponto resultan inútiles por no poder repararlas?. Depenlemos en reparaciones y amunicionamiento de quien nos vende los buques... ¿Cómo podemos pensar en un plan ofensivo?.

Después de un momento de silencio, Gutiérrez dijo soñoliento:

—Mañana verás al famoso héroe de la Carbonera... yo... ¡no se qué pensar de él! porque también es cierto que en las haciendas millones de mexicanos se han convertido en esclavos.

Aquellas palabras me produjeron sorpresa. La respuesta no llegué a expresarla, porque Gutiérrez roncaba como un bendito.

:: :: ::

Amaneció el 7 de marzo de 1902. La "banda de guerra" constituida por doce marineros y un cabo, tocaba estrepitosamente el "tres" de diana, y el redoble de los tambores retumbaba en la vieja casona de madera.

Tenía la impresión de que aún no lograba cerrar los párpados cuando ya se me obligaba a levantarme. Sin embargo, la emoción me hizo saltar como un resorte. Me vestí con rapidez y bajé a toda carrera al patio.

Los Sargentos al frente de sus brigadas, esperaban impacientes que terminara la banda de tocar diana para pasar lista, pues ya los trozos estaban completos.

Terminada la lista los sargentos ordenaron:

—Arranche general hasta las 7.30, en que se pasará al comedor en uniforme de Gala; a las 6.30 se dará el primer toque de revista, a las 7.00 el segundo y a las 7.30 el tercero, en el que la brigada formará armada. ¡Rompan filas!

Corrimos hacia el baño a saltos. Las regaderas se llenaron. Algunos cantaban al recibir la ducha fría, otros renegaban. Cuando salieron los antiguos, entraron los de primer año, no sin que nos ajusticiara algún guasón con un fuerte golpe en el estómago, o nos hicieran patinar de nalgas sobre el mosaico mojado al meternos el pie.

Los de primer año sufríamos por todo: estudio pocasimas disciplina, pero sobre todo por falta de tiempo. El baño era más bien un remojón, enjuague y carrera al dormitorio secándose en el camino, pues las regaderas las abandonaban los antiguos cuando solo faltaban unos minutos para la llamada.

Empezábamos a vestirnos cuando ya los otros se pasaban el cepillo por el pelo, prendían displicentes un cigarrillo y bajaban lentamente al patio.

El cabo cuartelero nos arriaba despiadadamente. Tenía que cerrar con llave el dormitorio a la llamada de banda, así que al lento, torpe o atontado, le llovían arrestos y castigos, y uno que otro golpe con una cuerda anudada, al estilo de los antiguos rebenques, que nuestro cabo manejaba eficientemente.

Con la gorra chueca, mal fajados y abotonados con la levita a medio poner, desviada la forniture y hasta sin peinar, éramos lanzados fuera del dormitorio, y jadeando llegábamos todavía a tiempo para formar. Ahí nos arreglábamos de la mejor manera posible y en la revista de limpieza era frecuente que nos separaran por desarranchados.

Y lo mismo sucedía en todos los aspectos. Siempre se atendía primero al Secre, y luego desesperado por la falta de tiempo, el de primer año corría a hacer lo suyo. Lo único que no era posible era estudiar por el Secre, pero podía exigir que se le abanicara o que se le leyera una larga clase mientras descansaba. Cuando concedía el permiso para retirarse, había quien llorara de rabia, pues se le cerraban los ojos de cansado y se necesitaba voluntad de acero, para tomar los libros y preparar las clases del día siguiente, bajo una de las lámparas del patio envuelto en una nube de mosquitos.

Nos uniformamos a toda prisa. Era la segunda vez que los de suvo ingreso nos enfundábamos en la levita de gala, y en ella nos veíamos tan mal como micos en jaquet.

A las 7.30 los Sargentos de Brigada pasaron severa inspección. De un golpe en los riñones obligaban al encorvado a sacar el pecro, a levantar la barba y a pararse con aplomo en la posición de firmes.

Separaron a quienes no estaban bien vestidos y los mandaron a arreglarse. Quince minutos después paso inspección el Comandante de la Compañía de Cadetes, y satisfecho del trabajo de sus cabos y sargentos, autorizó a la Compañía a pasar al comedor.

:: :: ::

Gutiérrez y yo llegamos el mismo día a la Escuela Naval. Sufrimos las mismas palizas y burlas de novatada, y esto nos convirtió en compañeros de hilera, es decir en amigos. De ahí pasé a confidente y conocí su vida.

Era hijo de un peón en una hacienda de Oaxaca. Desde niño había audado a su padre en las labores del campo y ese trabajo le había da-

do unos músculos de acero, donde se lastimaba la mano quien quisiera dominarlo.

El padre, la madre, las dos hermanas y los tres hermanos vivían en un jacal con piso de tierra. Dormían suspendidos en hamacas de yute. La choza era pequeña. Madre y hermanas quemaban la vida moliendo maíz y ahogándose con el humo de la leña.

A la hermana mayor se la robaron. El hijo de un capataz se la llevó y la muchacha mejoró de vida, porque al menos tuvo su propio jacal.

Aquella noche oí a mi madre llorar. La consolaba mi padre y ella so'lo repetía.

—¡Pobre María! ¿Y si la dejan por ahí tirada en un maizal?

—No llore. Acuértese de que esa desgraciada ya se acirricaba con el Francisco...

¿Y como cree que la va a dejar tirada?... ¡Que se la lleve... gueno!... así nos arrejuntamos, cuando asté chulita tenía sus catorce años.

Mis hermanas aparentaban dormir y se aguantaban la risa. Los robos de muchachas eran más bien escape de novios, para luego, al bautizar el primer escuinle, casarse ante el cura.

La Madre seguía llorando.

—¿Y si sufre la pobre, y la regresan cargada?

—Que le preocupa... ¿a poco no ve ahí colgado el machete? A la María el que la goza la carga toda la vida o le paga la cuenta al fierrito.

Yo no aguanté las ganas de llorar. Quería tanto a mi hermana que los celos me impulsaban al crimen. Mi padre entendió lo que me pasaba.

—Estese sosiego.—Me dijo, quebrada la voz.

—¿Quiere que lo cuelguen los de la Acordada? Si el Francisco se robó a su hermana es porque la quiere —ya verá que después se casan— Pa nosotros está mejor porque queda más raíz. Para ella pos también, porque tiene su hombre. Y asté ya ha de saber que una mujer lo necesita, así como esté la busca.

El capataz agradeció la conduca de mi padre y como mi hermana resultó buena de veras pal hogar, quiso pagar la deuda del hijo.

Un día entró al jacal:

—El patroncito quiere que nuestros hijos se eduquen. Te manda que envíes a José a la escuela... y pa que no te falte su ayuda cuenta cada semana con los tres pesos que gana y su cuartillo de maíz.

De este modo Gutiérrez asistió a la Escuela Municipal de Oaxaca. Era vivo, inteligente y estudioso y terminó la instrucción primaria y superior a los 17 años.

El patrón le dijo:

—José, te has ganado nuestra estimación. ¿Quieres seguir estudiando?.

Gutiérrez con la cabeza baja, ocultó sus lágrimas. Tras de él su padre, su madre y sus hermanos, todos descalzos y vestidos de manta, sentían que el orgullo envolvía su miseria con un manto de felicidad.

—Sí patrón ¡Me gustaría!

—Entrarás al Seminario —que mucha falta hacen las oraciones para que ésta pobre gente, la peonada, soporte con alegría su trabajo y privaciones.

El patrón extendió la mano y todos fueron a besarla agradecidos. Aquella noche Gutiérrez, cuando sus padres dormían, salió del jacal y se largó. Prefería rodar por el mundo a entrar en el Seminario para rezar por los miserables.

Se dió de alta en el Cuatel de Oaxaca, precisamente cuando el Batallón tenía órdenes para cambiar de Guarnición a Puebla. Su conducta e instrucción le valió la estimación de su capitán, que al año lo ascendió a cabo.

Ahora le tocaba mandar la escolta y conoció Veracruz y México. Se extasiaba en el puerto frente al mar. Las goletas le llenaban la imaginación de aventuras y paisajes ignotos. Vió a los cadetes y empezó a acariciar la ilusión de ser marino.

En una ocasión observó, sorprendido que agregaban al tren el carro presidencial. El capitán reforzó la escolta y la mandó personalmente. Al llegar a México, don Porfirio muy amigo de los trabajadores se despidió del maquinista dando la mano. La escolta formada le hizo honores.

Mandó que descansaran armas y como estaba de buen humor saludó al Capitán mirando fijamente a cada uno de los soldados.

—¿Algunos de ustedes necesita algo?—Ofreció amablemente.

Gutiérrez presentó armas al dar un paso adelante y más colorado que un cangrejo, expresó tartamudeando.

—Yo señor Presidente.

—¿Qué deseas hijo?

—¡Ingresar a la Escuela Naval!

Don Porfirio se volvió a su ayudante, y le dijo.

—Tome los datos y vea si es posible.

Gutiérrez llenó los requisitos. Aprobó el examen de admisión e ingresó como Cadete a la Escuela Naval.

El tercer toque se dió después del desayuno. Formaron las brigadas. El corneta de órdenes atacó la marcha de honor y la escolta subió a la Dirección por la bandera. Al salir de la Dirección portando el Pabellón Nacional, un estremecimiento de emoción nos sacudió, al tiempo que la banda hacia los honores.

Cuando se incorporó aparecieron el Director, Capitán de Navío don Adolfo Rodríguez, el Sub Director Capitán de Fragata Ignacio Rejón, y al mando del primero marchó la Escuela Naval hacia la estación del Ferrocarril.

Al llegar se formó la valla hasta el andén en el sitio en que quedaría el carro presidencial y pocos minutos después, se oyó el silbato del tren, que empezaba a acercarse de cola.

Vimos al Presidente en el mirador del carro. El pueblo lo saludó con grandes aclamaciones. Cuando el tren apareció en la estación el Director ordenó presentar armas. La banda del Arsenal inició el Himno Nacional y se oían, sordos y apagados, los cañonazos de saludo disparados por los buques de guerra surtos en el Puerto.

Se fué acercando el tren y la figura de don Porfirio parecía crecer. Me maravilló su aristocrático porte, los blancos bigotes enmarcando en severa dignidad el noble rostro de este general, entonces orgullo de México, que había prestado la fuerza de su brazo y su hábil estrategia para expulsar al invasor francés y capturar a Maximiliano. Ya como presidente su extraordinaria capacidad administrativa y financiera, había dado al país y prosperidad, y su visión política empezaba a convertir a México en un país maduro, fuerte y respetado.

Descendió el General Díaz rodeado por un séquito importante, cuya presentación y dignidad, hacia solemne el momento.

El Capitán Rodríguez en unión del Jefe de las Armas, recibieron a la comitiva presidencial.

El señor Presidente se descubrió. Firme como un añoso y poderoso ahuehuatl recibió el saludo del pueblo, sonriendo a sus vitores y aclamaciones. Detrás de él se detuvieron los señores Ministros de Estado: José Ives Limantour, Gral. Manuel González Cosío, Lic. Justino Fernández, Señores Guillermo de Landa y Escandón, Lorenzo Elizaga, Mayor Félix Díaz, Capitán Porfirio Díaz, el Comodoro Angel Ortiz Monasterio y ayudantes del Estado Mayor.

Al terminar los saludos y presentaciones, la Escuela Naval le dió escolta y la comitiva se dirigió al Muelle Terminal donde se descubrió una placa y el Gobernador del Estado pronunció algunas palabras señalando la importancia de las obras.

La comitiva se desplazó por el Malecón a inspeccionar los edificios de la Aduana y de Faros, en construcción

Allí terminó nuestra misión y mientras el Sr. Presidente y su comitiva se dirigían al Teatro Veracruz donde les ofrecían un banquete, la compañía de Cadetes regresó a la Escuela.

Nos desarmamos y en la lista se comunicó que por órdenes del Presidente quedábamos francos.

—¡Es realmente admirable nuestro Presidente, le dije entusiasmado a Gutiérrez mientras fumábamos en una banca después de comer. El porte y la presencia del General Díaz te impresionan. Es como si estuvieras viendo lo más noble que tiene nuestra patria. Sus ruinas de increíble belleza, la vieja arquitectura colonial, y sobre todo aquella reciedumbre de nuestra raza que ha combatido, a veces sin esperanza, por conquistar su libertad.

Gutiérrez soltó una sonora carcajada.

—Hablas exactamente como un curro de barriga llena y bolsas repletas, que solo sabe de México la buena vida de la Capital, y cree que su Patria es el rebaño de miserables que trabajan para él. Así es hermoso hablar de virtudes y patriotismo.

—Es que la amargura te tiene envenenada el alma.

—¿Amargura?... No... es algo más... Es la desesperación de los condenados al trabajo que sólo viven para labrar el surco, y así de puro cansancio, al acabarse las fuerzas caen de bruces sobre la arcilla, en espera de que una mano piadosa abra la fosa y entierre aquel despojo que servirá para abono de la buena tierra mexicana.

Había tanta fuerza en aquellas palabras que no contesté. Gutiérrez se había animado, la voz ronca, vibrante, denotaba su emoción.

—“He visto que en todas las haciendas vale más una bestia que un peón. A las mulas les sobra el pienso. Los escuñcles de los peones andan siempre hambrientos, medio desnudos y cuando estrenan calzones y camisa de manta, es porque viene la Navidad, la festividad de la Virgen del Carmen o las pompas de Semana Santa y el patrón siente en la conciencia el mordisco de avaricia y da algo, pero lo apunta... y la deuda mantiene la esclavitud del peón con cadenas invisibles.

El Velero de Juguete

Por Alberto Calcés.

Hubo una temporada en que las cosas se pusieron muy mal en Mérida. El primer año llovió poco. El henequén se veía mustio de un verde pajizo y con las hojas gachas y sin fuerzas para mantenerlas erguidas. Al siguiente año llovió menos. Algunas matas se secaron. Hubo vacas que murieron de sed y muchos campesinos la pasaron mal, porque al reducirse el corte del henequén, los desfibradores y cordeleros disminuyeron sus operaciones, y las cooperativas recibían menos dinero para repartir entre los campesinos asociados. Al tercer año no llovió nada. La gente andaba con la lengua de fuera no porque tuviera sed, sino porque no había en que trabajar para ganar centavos con qué comprar el maíz y el frijol indispensable para quitarse el hambre.

Fué entonces cuando el soldador, con su mujer y sus dos hijos, abandonaron aquella capital de provincia. Un compadre le había dicho :

—Oiga don Chucho... por qué persevera en esta miseria... no ve

que los chicos ya enseñan los huesos bajo la piel, y pronto estarán más resecos que el rastrojo del año pasado...?

—¿Y qué le va uno a hacer, si aquí tiene el trabajo?

—¿Pero cuál?... ¿No usted mismo dice que hace un mes que no le pagan las chambas que le caen...? ¿y que los que tienen automóvil lo van guardando por no echarle agua salada a los motores?

—Unos deben y otros pagan.

—Allá usted... pero en las cosas para que les fien un cuartillo de maíz y una lata de agua de lluvia, la comadre y los niños pierden todo el día...

—Así es...

—No le arriesgue... véngase al pueblo... ahí con un anzuelo no le faltará un pescado... y si sacados, que le aseguro que bien agarrará diez, pues tiene para comer y para cambiar por lo que necesite.

—¿Y de agua?

—¿No ve que el mar se filtra por la arena, y muy cerca de la

playa hay pozos, poco salobres, pero buenos para quitar la sed.

—No me tiente.

—Remate sus mugres. Traiga su herramienta... ahí nadie le cobra renta. A la orilla de la playa se hace su cabaña y a vivir tranquilo viendo cómo la carne vuelve a llenar las canillas de estos mocosos.

—Ya veremos.

—Aviseme y le ayudaré en lo que pueda.

Cuando apretó la necesidad, Don Chucho se decidió. La gente estaba triste. Daba pena ver los campos de henequén con las matas mustias y rechupadas. Las hojas caídas no tenían ni fuerza ni color, y los desfibradores habían cerrado antes que sacar aquella fibra bofa y débil que no aguantaba ni la torsión del cordón para amarrar.

Los que tenían parientes se fueron lejos, pero de los pueblos llegaban muchos campesinos a Mérida, donde el Gobierno tenía la obligación de repartir agua y hasta dar algunos alimentos.

De esta vergüenza se escapó el soldador. El pasaje al pueblo de Sisal valía unos cuantos pesos que pudo conseguir. De equipaje un costal con las herramientas, otro con las hamacas, y una caja de cartón con tres ollas para la cocina y algunos hilachos, que bien surcidos daban para una muda.

¡Qué cerca estaba el mar! El

camión se detuvo en Hunucma. Por unos cuantos centavos tomaron agua de coco y comieron tamales. Una hora después pasaban por la marisma y recibían la fresca brisa en la piel sudosa.

El camión paró en un calle arenosa y desierta. Allí estaba el compadre.

—Véngase a mi casa. En la tarde buscaremos por la playa un sitio para que construya su cabaña.

No había mucho que ver. El mar deliciosamente verde lamía las blancas playas de arena gruesa, recubierta de millones de conchitas de todos colores y tamaños.

Ahí todo era grandioso. El mar se hundía en el horizonte, Dios sabe donde. Las nubes volaban por el cielo, y en el agua, las velas de los botes de pesca.

Chuchín fué el primero en sentir el embeleso. Se metió en la arena con los pies desnudos y se fue acercando al mar temeroso de la resaca cuyas olas tibias sentía poco después llegarle a las rodillas.

Aquel mar sin límites ni albarra-
das le dió una nueva sensación de libertad. Podía correr cara al viento hasta perder el resuello y todavía la distancia lo seguía llamando.

Vió una tortuga en la arena y la correteo a pedradas hasta hacerla volver al mar. De haberlo sabido, hubiera podido llevar a sus

padres el primer botín arrancado al mar. cientos de huevos.

Por el contrario, regresó hambriento a casa de su padrino. Había tortillas, pescado asado y mero en adobo. Hacía bastante tiempo que Chuchín no comía hasta hartarse.

Nadie resintió la vida reseca y ardiente de la capital. El soldador armó su cabaña en tres días. El primero muy temprano se fué al monte con su compadre. Por la tarde un camionero de Hunucma le trajo una carga de palos. Chuchín no sabía cómo iba a pagarse el camión. cuando su madre, que era la depositaria de la riqueza familiar no tenía ni para tortillas. Respondió el compadre. Como incitador a la aventura para escapar del hambre, se sentía en la obligación de *amparar* al soldador hasta, que *lograra* establecerlo en su nueva profesión de pescador, así que pagó los gastos de instalación; no sin recoger los recibos correspondientes.

Al día siguiente escogieron un lugar elevado en la playa y plantaron en la arena dos montones con horquilla. Una viga sobre ellos y cuatro robustos esquineros, delimitaron el terreno a cubrir. Sobre ellos amarraron los largueros horizontales y tendieron polines de la cumbrera. Después, varas transversales para recibir la palma del techo.

Chuchín se trepó con un peón y ayudó a amarrar los haces de palma. Al atardecer tenía techo, y al día siguiente habían cubierto las paredes de vara delgada. tapando las ranuras con un revoltijo de lodo y paja.

El padrino regaló cal. y la casita quedó blanca y reluciente como una taza de plata.

Se cambiaron a ella. y en la madrugada Chuchín acompañó a su padre a la playa. Su benefactor le había conseguido un puesto en la tripulación del "Juanito", uno de los botes pesqueros de Doña Rosa. la dueña de la tienda, que era propietaria de una flotilla de veleros.

El niño vió que su padre embarcaba temeroso y pálido; evidentemente, no las traía todas consigo. Aquel mar adormilado e indiferente le llenaba de temor y antes de zarpár se mareó.

Cuando regresó al atardecer traía dos grandes pescados en la mano y algunos pesos en la bolsa. La cosa había salido bien. Su madre que hacía tiempo andaba triste, y que hasta la cara se la había vuelto color de ceniza por las preocupaciones, sonrió. Compró una veladora y la encendió a los santos.

—Tenemos que comer— dijo persignándose.— Y hay para ir pagando lo que el compadre nos prestó.

Chuchín tuvo que tallarle la espalda a su padre que la tenía acalambrada, hasta dejarlo dormido.

Después hizo los mandados. Fué a la tienda por aceite y maíz. Le llevó el primer abono a su padrino, y al regresar se sentó fuera de la cabaña, cara al mar.

La luna se elevaba sobre el horizonte. Parecía una enorme moneda de plata con sus inscripciones borrosas. La luz resbalaba sobre la espuma de las olas, iluminándolas tenuemente.

A lo lejos se oían voces airadas que discutían, la música del fonógrafo en el billar, y poniendo más atención, los gritos de unos niños que jugaban en la playa. Era un llamado.

—¿Madre... Me dejas?

—Ve... con cuidado, pues tu no eres playero ni pescador.

—Chuchín se dejó resbalar por la arena. Estaba tibia y suelta. Se enterró hasta las rodillas, perdió el equilibrio y terminó por rodar. Esto le produjo tal alegría que gritó de placer.

Otros gritos le contestaron. Era una parvada de chiquillos que se arremolinaban en la playa. Chuchín se irguió en la arena y se preguntó qué diablos harían aquellos niños en rueda junto al mar gritando y asuzándose como demonios. Volvió a gritar pero nadie le hizo caso. Los otros aullaban pero para sí, como si estuvieran poseídos por una fascinación que los mantuviera correteando en rueda junto a las olas

Se acercó corriendo y se metió en la rueda, en el mero centro de una laguna, que el mar había formado detrás de la playa. Los pilluelos azuzaban a una flotilla de diminutos veleros similares a los que había visto zarpar por la mañana. Tenían el pequeño casco pintado de verde, con nombres y adornos. El palo en proa se mantenía bien firme con hilos a manera de estáis a proa, y de obenques a los costados.

Las velas, bien cosidas y fijas al palo y a la botavara, se hinchaban con la brisa e impulsaban a estas miniaturas con increíble velocidad.

Chuchín se quedó con la boca abierta. Le parecía cosa de magia que aquellos barquitos navegaran en la laguna, tan ligeros y elegantes, al más leve sopo del viento.

—¿Quién los maneja? —Preguntó a uno de los rapaces.

—El viento, bobo... ¿acaso no lo ves?

—¡Hazte a un lado!— gritó otro dándole un empellón que le hizo tropezar y caer en el agua.— No vez que le quitas aire a mi bote.

—¿Por qué le dices bote?

—Así se llaman.

Los chiquillos rugían de placer al ver como el velero de su predilección se adelantaba a los demás y les ganaba la regata, sacando unos cuantos pasos hasta vararse en la orilla opuesta.

Entonces corrían en la laguna con el agua a la rodilla, convirtien-

do aquellas aguas tranquilas en un hervidero de espuma. El primero que llegaba se arrojaba sobre el barquito y o tomaba con gran devoción y cuidado, cual si fuere cosa de sagrario. Pero de un grito el dueño lo exigía, y al que lo había atrapado feliz de haber tenido entre sus manos por breves instantes al ganador, lo entregaba sin chistar, sin recelos ni amarguras; porque todos los días, siempre que había buen viento y se organizaban las regatas, los dueños los prestaban al final y todos tenían la oportunidad de calar las velas; templar la pequeña escota, dar el ángulo debido a la botavara y lanzar el bote con un sonoro juramento para que ganara la regata.

Pronto Chuchín quedó prendido en la fascinación de aquella noche de luna, chapoteando en el agua tibia, gritando delirante, a la vez que saltaba alrededor de los barquitos como un verdadero ganador de regatas. En una ocasión llegó él primero al terminar la carrera, se lanzó como flecha, y atrapó el velero ganador. Lo tuvo en sus manos y lo examinó a la luz de la luna.

Ya muy cerca de sus ojos aquella maravilla era bastante burda con formas no muy precisa. La pintura tosca, el palo no muy derecho. La botavara floja, las cuerdas medio rotas, y la vela con unos costurones que cualquiera podría ha-

cer mejor. Y sin embargo era el ganador, pues tenía especial facilidad para que la vela atrapara viento, y buena línea para ganar en velocidad a otros veleritos mejor contruidos y hasta comprados en puertos lejanos.

Hubiera querido examinarlo mejor, pero ya un muchacho rubio, completamente desnudo, se lo exigía.

—Tráilo... Si le rompes una cuerda te sacaré los dientes.

Chuchín apretó la boca. No podía explicarse por qué se le encendió la sangre. Se puso el velerito a la espalda, e hizo un gesto de reto al grandulón. Este se fue acercando y los muchachos formaron rueda.

Sin duda habría recibido la gran tunda de su vida, pero alguien le quitó el juguete y salió corriendo, y los demás tras de él hasta que lo alcanzaron, lo derribaron en el agua y le hicieron tragar buenos sorbos de agua salada. El velero estaba intacto, y cuando la reyerta calmó los ánimos, volvió el dueño a calar la vela y se inició una nueva regata.

Sonó a campana de la Iglesia, y como si se hubiera roto el encanto, la chiquillería recoyó sus ropas entre la arena y corrió hacia el pueblo.

Chuchín estaba mojado por completo.

—¿Por qué no te desvestiste?

—le preguntó el grandulón rubio mientras se vestía.

—¿Me lo dejas ver?

—Cógelo... si quieres me lo das mañana... Contesta.— Por qué te mojaste la ropa?

—No sé... Ni siquiera pensé en quitármela.

—Pero es desagradable dejar que se seque encima.

—¿Entonces me lo prestas?

—Bueno.

Chuchín corrió hacia la casa y el otro se encaminó al pueblo. En su casa habían apagado la luz, así que se contentó con palpar cuidadosamente el juguete en la oscuridad. Pasó por entre las hamacas hasta alcanzar la suya, y se quitó la ropa mojada. Estaba no obstante sudando, y se sentía muy feliz de haber jugado en la laguna, y sobre todo de tener aquel hermoso barquito junto a él.

Suspiró, pleno de felicidad y se durmió con el barquito sobre el pecho, sin moverse para no lastimarlo.

Aún se veían las estrellas cuando oyó a su madre trajinar por el fogón, preparando el bastimento que había de llevar su padre a la pesca. Después oyó cómo papá se levantaba, tomaba su café y salía de casa. Entonces se levantó, se vistió en silencio y con el velerito bien apretado bajo el brazo se deslizó por la arena.

Empezaba a amanecer. El sol

salía por atrás del pueblo iluminando con reflejos rojizos las tejas marselesas con que los barcos franceses se lastraban en el siglo pasado al venir a cargar palo de tinte. La luz parecía despertar al mar, y las olas iniciaban su carrera impulsadas por el terral que soplabo fuerte y frío. A lo lejos, las velas de los botes pesqueros parecían blancas alas a punto de levantar el vuelo.

Chuchín respiró a todo pulmón y corrió hacia la playa. La laguna había desaparecido. Cómo era posible?

Un pescador que recorría la playa, con una fisga en la mano, y que recogía caracoles y pulpos, o bien se aventuraba a perseguir algún cangrejo que corría por la playa, se burló de su admiración.

—El mar sube y baja, muchacho. La marea empezó a subir como a las tres de la mañana. Entonces el agua se eleva por encima del cordón litoral, y las olas llegan hasta el pie de los médanos. Cuando la marea baja, el agua se queda estancada y forma esas lagunas donde ayer veleaban los muchachos. Por cierto que tienes buen bote.

Chuchín se lo alargó orgulloso.

—No es mío... me lo prestaron.

—Tiene un buen corte y su vela

—Ayer ganó todas las carreras. coge bastante viento.

—Regatas... Es como los ma-

rineros llaman a las carreras de botes. Con un poco de lastre aguantaría más trapo y volaría sobre el agua.

—¿Puedo probarlo?

—En el mar no... Las olas te lo voltearían estropeando la maniobra. Espera, a la tarde, cuando se formen las lagunas.

De todo ésto Chuchín entendió sólo, que no debía arriesgar su bote en el mar. El consejo le pareció torpe. ¿Qué chiquillo en una mañana radiante, dejaría de jugar con su barquito. Detenerlo bajo el brazo como él? ¡Sólo un tonto! y Chuchín no lo era, así se acercó a la orilla de la playa. Tomó confianza mojándose los pies, después se aventuró hasta que el agua le dió a la cintura. Estaba fresca y limpia. El cosquilleo de la arena al meterse entre los dedos de los pies, le hacía reír, y la luz al romperse en miles de reflejos sobre el agua convertía las gotas en relucientes bolitas de luz. Las olas empezaban a crecer, pero eran aún pequeñas y mustias, y más bien le parecían las descomunales ondulaciones de una gigantesca oruga que se acercara a la playa con temerosa precaución el niño depositó el barquito sobre el agua y aplaudió de alegría al verlo flotar. La vela se sacudió al tomar viento y el barquito se alejó. ¡Viejo engañador! ¿Conque no navegaba? Antes de que se alejara demasiado se arrojó de cabeza y lo

atrapó. Qué lindo espectáculo le ofrecía aquel juguete en el agua verdosa.

Su alegría le impidió percibir y valorar un hecho importante. El agua le daba ahora al pecho; pero estaba tan tibia y se sentía tan agradable que no le dió importancia alguna el aumento de profundidad. ¿Por qué caminaba el barquito sobre el agua?... ¡Vamos! ¿Por qué? ¿Sería impulsado acaso por esos duendes que decía la abuela que gustaban de asustar a los niños a la orilla de la playa, los cuales desaparecen bajo el oleaje y ocupan caparazones vacíos de cangrejos, caracoles o almejas? —Ba! El no creía en todos esos cuentos. El juguete se comportaba como los ¿Y en el juguete? Bueno, pues sería el viento, y además, lo maravilloso no era entender las cosas sino admirar aquel pequeño bote al deslizarse veloz y audaz sobre el mar.

Volvió a colocarlo sobre el agua, acomodó la vela corriendo la botavara a estribor, a modo que cogiera más viento de popa, lo soltó y ¡Bum! una racha de veinte infló la vela y el botecito voló sobre la superficie. No alcanzó a alcanzarlo, el bote estaba bien lejos. Se había lanzado de cabeza y al tratar de incorporarse tragó agua. No alcanzaba el fondo con la punta de los pies. Se asustó y gritó, y el agua le cerró a grandes tragos la garganta. Se hundió y alcanzó el fondo. Se impulsó y con

el brinco salió del agua y vió al viejo que indiferente se había parado a verlo. Gritó con todas sus fuerzas.

—¡Me ahogo!... ¡me ahogo!

Entonces el viejo, lentamente dió vuelta y se acercó paso a paso.

—Está bien que tragues un poco de agua por desobediente, le gritó.

—Ahora escucha, ¿me oyes?

Chuchín que había encontrado la manera de respirar saltando, le contestó que sí.

—Quédate quieto, porque con esos saltos te vas metiendo más en el mar. Recuéstate sobre el agua y no te muevas y verás que puedes pirar.

Chuchín se quedó tieso con la cabeza hacia atrás. Creía ahogarse, pero el agua se detuvo a la entrada de la boca y pudo respirar.roso de que desapareciera para siempre.

Le pareció que transcurría un siglo mientras el viejo, que seguía hablando, se acercaba.

—Yo era como tú hace muchos años. Creía saberlo todo y me burlaba de los consejos... pero una vez... me dieron tal tunda mis patrones, que desde entonces dejé de reírme y aprendí a escuchar los buenos consejos.

Chuchín sintió que le jalaban de los cabellos, y poco después podía ya caminar sobre el fondo.

El viejo renegaba por haberse mojado la camisa. Mojarse las pier-

nas no le importaba; pero al comprobar que había perdido los cigarrillos con el agua, por poco se los cobra, a palos en el asustado Chuchín. Le dió pena ver al niño más amarillo que un limón y consideró que bien valía una vida llena de ilusiones, al sacrificio de algunos cigarrillos.

Cuando nuestro pequeño amigo recobró el resuello y pudo devolver al mar parte del agua que le llenaba la barriga, se atrevió a preguntar:

—¿Y mi barquito?

El viejo se encogió de hombros.

—¿Acaso te dije que lo jugaras en el mar?

Se fué rezongando en voz alta. Subió a un médano y poniéndose la mano a guisa de pantalla sobre los ojos, examinó cuidadosamente el mar.

—A fe mía que es un fino velero, —le gritó. —Ven a verlo... en unas horas alcanzará a los pescadores que salieron en la madrugada.

Chuchín corrió al lado del viejo. Qué emoción tan extraordinaria ver aquel juguete a cientos de metros de la playa, subir airoso las olas, cabalgar sobre ellas, y seguir avanzando a soplo del viento. Ahora no quedaba duda. Los duendes del mar se lo habían robado, y se divertían jugándolo tan lejos, que ya apenas se distinguía su pequeña vela.

¡Ya se perdió!—exclamó entre sollozos.

—Quizás no.—Contestó el viejo. El terral está a punto de caer. Al no cojer viento se quedará donde está y al soplar la brisa que viene del mar, es posible que regrese.

—¿Por qué posible?

—Pues porque el oleaje empezará a romper y entonces volcará.

Así que el viento no ayudará nada, sólo las olas que una tras otra, durante toda la tarde, lo irán empujando hacia la playa.

—¿Y regresará?

—Espero que sí.

—¿Cómo a qué horas?

El viejo, ya que no podía fumar los cigarros mojados, optó por masticarlos, escupiendo salibazos oscuros que ensuciaban la blanca arena.

—¿Me crees adivino? — dijo riendo.— Pues te diré que a las cuatro de la tarde llegará a la playa. Y ahora zonzó, largate a tu casa, antes que me cobre en tus costillas el reumatismo del riñón que me da siempre que me mojo la camisa.

No fue la amenaza, sino el ardor del estómago, y el hambre que sentía, lo que decidieron a Chuchín a regresar a su casa.

Al subir por los médanos sus miradas regresaban al mar en busca de la pequeña vela. Por más que abrió los ojos no pudo encontrarla y gimoteando entró a su casa.

No tuvo que dar razón a nadie de sus aventuras; porque su mamá había llevado a su hermana a inscribirla en la escuela.

A él le tocaría por la tarde y esto le preocupó porque no estaría a las cuatro en la playa para ver llegar a su barquito.

De todos modos las penas con pan son menos, y Chuchín limpió la olla de frijoles y el jarro de atole. Después se acostó en su hamaca y se quedó profundamente dormido.

Por la tarde lo llevaron a la escuela y de nada sirvieron las protestas y mentiras para salir antes de las cuatro. Ya pasadas las siete, formado a la cola del grupo de tercero, abandonó la escuela; pero tampoco pudo escaparse porque los más grandes del grupo lo persiguieron, lo tumbaron en la arena y le montaron, tal como corresponde darle la bienvenida a un capitalino que por huir del hambre se refugia en un pueblo de pescadores.

Con las costillas adoloridas, en cuanto pudo se alejó a toda carrera y sin aliento llegó a la playa. Las lágrimas le velaron los ojos al comprobar que el barquito no había llegado. El mar se había recogido y la laguna parecía un enorme espejo tendido al pie de los médanos.

Chuchín nunca supo lo que le pasó a su juguete. El viejo pescador que le permitía sentarse a su lado por las mañanas recibiendo

como quien hace una merced, el pan de cazón, el tamal, o el trozo de pescado que el niño le llevaba lo conformó explicándole:

—Tal vez una ola lo volteó y terminó por hundirlo. Quizás llegó antes que tú y algún mocoso lo recogió; pero no importa porque te enseñaré a labrar muy buenos veleros de juguete. Basta con que te traigas un trozo de buena madera.

Chuchín se consiguió un trozo de cedro viejo y tuvo para muchos

barcos; pero ninguno salió tan bueno como aquel que le prestaron, y que tuvo que pagar al infame precio de un centavo diario durante un año; pero incluso ésto fue ventajoso, porque para ganarse el centavo entró de aprendiz en la fábrica de hielo y con lo que ganó, su madre tuvo alguna libertad en el gasto de la casa, y aun éste lo estiraron para comprar algún lindo vestido a su hermana y un par de relucientes zapatos para él.

:: o—o ::

Había en Tampico una ferretería llamada el Cañón Naval, y vendía muy bien a todos los barcos, hasta que un guasón le hizo cambiar de nombre.

Sonaba el teléfono. Contestaba el dueño.

—Si?

—Quién habla?

—¡El cañón Naval!

—¡Pum!— ¡Pum!

El dueño furioso azotaba la bocina. Cuando le colmaron la paciencia, cambió la contestación.

—Si?

—Quién habla?

—¿Con quien desea hablar?

—Mire necesito dos toneladas de fierro redondo de 1½" ¿Tiene?

—Naturalmente.

—Mánde'os a Atillero 75.—¿A quién se hace el cheque?

—Al ¡Cañón Naval!

—Pum—Pum.

:: :: ::

—Oye.—Le dice un marinero a otro.—¿No crees que ese pobre pintor ha de estar bien cansado?

—Cual pintor?

—Ese que carga el contraamaestre— No ves que a cada rato dice "¡Me carga el pintor!"

SIMBOLO del ACERO!

AHMSA: expresión indiscutible del acero de más alta calidad, que en México se produce.

Industria Siderúrgica que en sólo veinte años, se ha colocado a la vanguardia en la producción Nacional de Acero.



AHMSA

ALTOS HORNOS DE MEXICO, S. A.

PLAZA DE LA REPUBLICA 43 - 2o. PISO - TEL. 35-49-20 - MEXICO, D.F.